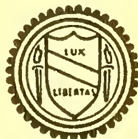
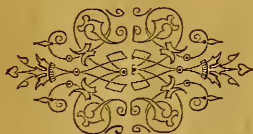
Seijas García
Hojas en blanco.


LUX
LIBERTAS

J. M. SEIJAS GARCIA

HOJAS EN BLANCO

VALOR: 4 BOLIVARES



CARACAS
Tip. Moderna - Este 4, Núm. 5
1894

J. M. Seijas García.

Hojas en Blanco.



CARACAS

Tip. Moderna.-Este 4, Num. 5.

1894.

Hojas en Blanco.

A mi estimado amigo, Gral.

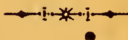
M. A. Silva Gandolphi,

J. M. Seijas García.

Caracas: Febrero de 1894.



DOS PALABRAS



Sin ningunas pretensiones literarias reunimos hoy en este libro, algunas de las muchas publicaciones que hemos hecho en varios periódicos de esta Capital.

Bien sabemos que estas páginas son unas como ramas de árbol seco; pero así y todo, son nuestras hijas, y las queremos.

Las hemos bautizado con el nombre de Hojas en Blanco, pues llamarlas de otro modo habría sido incurrir en un intencionado error.

Siempre que no tengan del publico una sonrisa de desdén, en mucho nos ayudará el producto de estas Hojas en Blanco.

J. M. Seijas Garcia.

Febrero de 1894.

EXPOSITA

—

Al Distinguido Humanista Dr. M. Fombona Palacio.

—

Sí . . . al caer de una tarde estival la abandonaron al pie de un viejo torreón.

Las mensajeras golondrinas al verla tan bonita la arrullaron con sus canciones desde lo alto de la secular ruina.

Revoloteaban en derredor de la recién nacida las mariposas del campo, posándose ligeramente en sus cabellos color de oro.

Los moribundos rayos del sol besaban la frente de aquel ángel sin alas.

Secas hojas formábanle amarillenta alfombra que parecía más bien descolorida mortaja.

Tenue brisa boreal apenas mecía las desmayadas ramas de un cocotero que sombreaba la cuna.

El lecho era una cesta . . .

Estaba medio envuelta en blanca holanda, pálida, con la mirada vuelta al cielo. . . .

A lo lejos se oía el rumor de una como cascada que gemía.

Nadie pasaba por ahí . . .

El último hachazo del leñador vecino anunciaba el momento del descanso.

La noche avanzaba silenciosa, y más que silenciosa, aterradora.

Los creyentes estaban de rodillas: la campana de la ermita había llamado á la oración.

Qué hora tan triste . . . !

Sólo el postrer quejido de un agonizante tiene semejanza con el adiós del día.

Y esa hora en que la Naturaleza parece llorar, fué la hora escogida por una mujer para la consumación de su crimen.

Nada detuvo á la madre sin entrañas . . .

Desdeñosa risa brotó de sus impuros labios ante el amenazante abismo en que por su gusto iba á caer. . .

Sus nervios se crisparon á poco, perdiendo la razón por un instante . . .

Con paso trémulo y asaltada por la conciencia, llegó al fin la culpable hasta la tumba misma de su propia deshonra.

Estremecida de miedo y llena de pavor, dejó en el suelo de solitaria calle á la que nació de su vientre. . .

No volvió el rostro una vez siquiera por temor á la humana justicia que en su pensamiento gravitaba inflexible.

Loth siquiera se convirtió en sal por obedecer á su corazón que se rebeló contra la cólera divina.

. . . .

La pobre niña quedó sola al pié del viejo torreón, azotada por el frío y vestida de luto el alma.

Angustiosos suspiros exhalaba su torturado pecho al ver cómo declinaba la tarde . . .

No era que lloraba su amarga soledad, sino la temprana muerte de la madre que *vivía*.

Había nacido de un crimen la inocente, y era una diosa sin Olimpo.

Vino al mundo como vienen los ciegos, sin ver en sus pupilas la luz de las pupilas del sol que iluminó sus días.

Al nacer fué acariciada por densa nube, élla, élla que era una estrella.

El desamparo fué la herencia con que la dotaron sus padres al nacer . . . sus padres . . . !

Cumplieron con la sociedad los infames, pero élla los alejó de su seno como cadáveres que hedían.

La pobre niña fué ¡Dios lo sabe! feliz en su desgracia.

Entumecida por el rigor del tiempo, un venerable anciano la recogió de la cesta donde yacía, calentándola con sus besos.

Brilladoras lágrimas asomaron á los ojos del providencial padre, quien hasta entonces no sabía hasta dónde llevaba el placer á ciertos monstruos.

Ya en los brazos del buen viejo, parecía una reina la niña que aún no sabía decir *mamá*.

A poco de salir de la inclemencia en que se hallaba, ya tenía hogar y nombre: era más que una bienaventurada.

Bajo el pajizo techo de una cabaña creció la hija sin madre, bella y pura como la sublime María.

Nada le faltó: tuvo caricias, juguetes y colegio; amigos y admiradores.

Al amanecer de un día de mayo le vino á la mente avivar sus casi muertos recuerdos, y se dijo:

—Está bien que Kansas y Herodes fueran un tiempo los implacables perseguidores de indefensos niños;

—Que Mesalina sea el muladar de Roma, y Agripina la envenenadora de Claudio, su esposo;

—Que la mujer de Tarquino El Soberbio, (Julia) obligara á su marido á darle muerte á su cariñosa madre . . .

—Sí, todo éso está bien y se concibe, si se tiene en cuenta el medio en que vivieron los que á tales excesos se entregaron.

—Lo que no se concibe es que haya madres, que á la luz meridiana de una completa civilización, arrojen en pañales, de sí, á los hijos que nacen para amarlas...

—Yo no debo vivir, porque no soy digna de esta menguada existencia;

—Me encuentro envuelta entre los pliegues de un

misterio que generó una infamia, y sin embargo, soy inocente;

—Mi madre tiene la culpa de la honda pena que mi alma oprime: élla no hizo lo que Lucrecia, la esposa de Colatino, sino que sucumbió ante las apetitos de un Sexto que lejos de execrar divinizó;

—Soy una desgraciada . . . soy una flor inodora . . . soy el fruto de un crimen . . .

—Así como los ríos van al mar, yo que nací entre sombras, entre sombras debo agitarme . . .

—La cuna de las leyes físicas es la misma cuna de las leyes morales: yo no puedo volar, por eso me arrastro como reptil que soy;

—Diga el mundo de mí lo que le plazca: Dios pensará lo que debe.

Esto dijo la huérfana, y apretándose la cabeza con las manos soltó histérica carcajada exclamando con Larra: "! Todo el año es Carnaval!"

El Valle:—7—7—91.



AJUSTICIADO

—

A Echenagucia García.

—

Lo recuerdo muy bien: aquella mañana no era una de esas mañanas frescas de mayo.

Nublado el tiempo, el aspecto de la aldea era uno como presagio de horas de angustias.

Con paso casi vacilante, por el rigor del frío, veíase á uno que otro encapotado hacer su ejercicio de costumbre.

De improviso óyese un ruido como salido de una tumba: son las puertas de la cárcel que se abren . . .

. . . Escoltado por la Guardia Civil, avanza un hombre hacia el patíbulo, la frente erguida, sereno el corazón.

Todo está en calma . . . Ni aun la brisa se atreve á mecer las ramas de los árboles en que retozara el día anterior . . .

. . . Si hasta creemos que nos hallamos en un cementerio donde son los cipreses los centinelas de los muertos . . .

De súbito una descarga de fusilería rompe el silencio que hasta entonces convidara á la meditación.

Corremos presurosos al lugar del fatal suceso y, ya todo terminó . . .

El delincuente es ya un cadáver para quien no hay ni siquiera un ataud de pino . . .

En la carreta del presidio deposita el verdugo los tristes despojos de su víctima . . .

Se alejan la fuerza del Gobierno y el gobierno de la fuerza: la Guardia Civil y los pagados asasinos . . .

Todos marchan á sus casas: los unos, contentos, porque *cumplieron con su deber*; los otros, también contentos, porque llevan en sus bolsillos las monedas de Corineta.

. . . Sólo cuatro curiosos vagan por la ensangrentada plazuela, los ojos clavados en el suelo, el pensamiento en Dios!

Consumado el tremendo crimen, la ley muéstrase ufana de haber sido fuerte con el débil . . .

Entretanto, la silueta del genio del mal, vése como salida del averno . . .

¡Cuánta desolación!

El fúnebre tañer de la campana, empero, hace levantar en cada hogar una plegaria . . .

. . . Muchos son los que sufren, pocos los que alcanzan á comprender la magnitud de la desgracia sufrida . . .

. . . Una familia llora en su desamparo, en tanto que un filósofo piensa, porque debe pensar . . .

. . . La sociedad toda está de duelo y, ¿cómo nó?

¿Acaso no se le ha arrebatado la vida á un hombre?

Y ¡oh humana justicia! ¡Cuán estúpida eres! . .

. . . Por la confesión del verdadero culpable de ayer se sabe hoy que el ajusticiado era inocente . . .

. . . .

¡Quién pudiera dormir y encontrarse al despertar, con *otra patria*, con *otro siglo* y con *otros hombres*!

Caracas: —9—4—92.



JESUS

—

A la Sociedad Literaria Aurora, de Coro.

—

Hétenos aquí delante del padre de los genios.

En los mejores días del siglo de Augusto nació para no morir el sublime hijo de María.

No fué Júpiter, no, sino un sol que alumbraba sin quemar.

Era todo mansedumbre, todo amor, todo bondad.

Su acento, si dulce, vigoroso, jamás vibró en las juntas del mal.

La moral más pura brotó de sus labios, así como brotan del manantial las aguas.

Diez y nueve siglos han pasado y el vencedor de Moisés no ha muerto.

Y qué?

¿ Acaso Cristo no enterró en el polvo de sus sandalias el feroz paganismo de muchas edades?

Además, ¿ quién hasta entonces había derramado su sangre por la causa del pueblo, que es precisamente la causa liberal?

Sócrates? No. El desgraciado filósofo jamás apacentó su inteligencia en el campo feraz de la política.

Si apuró la cicuta negando el politeísmo tuvo el valor de sus creencias y nada más.

El Nazareno no fué á la Cruz por defender una hipótesis, sino después de haber hecho triunfar una verdad.

Por eso marca una época, la más gloriosa del mundo, la gran revolución que primero proclamó la Democracia.

De entonces acá la humana sangre dejó de correr, como la fuerza dejó de oprimir, como el hombre dejó de ser esclavo.

Así como Josué detuvo la marcha del sol, así detuvo Cristo la marcha de la barbarie.

Ya no somos vasallos de ningún señor, ya no divertimos en los circos á los Césares, ya somos iguales, libres.

¡Qué hombre tan grande fué el que tuvo por cuna un establo tan pequeño!

Su nacimiento revistió tal majestad, empero, que los tiranos dudaron si serían poderosos y comenzaron á perseguirle.

Por miles se contaron los niños víctimas de la cuchilla de Herodes: la sangre corrió hasta teñir las tablas de la ley y el Pentateuco: todo fué estéril.

Burlados los sayones del Procónsul, se echaron á llorar así como lloran las fieras en sus jaulas.

El niño perseguido discute entretanto con los Doctores de la Ley, deslumbra en el Thabor, y batiendo sus alas de águila, desde el Calvario nos bendice á todos.

Ya era tiempo de que supieran sus perseguidores que su vida no le hacía falta á la humanidad, pues la doctrina que le dejaba, ya ésta la sabía de memoria!

. . . .

Cada palabra del Maestro era un axioma, cada axioma un poema de sabias enseñanzas.

Cuando hablaba era oído, cuando era oído ¡cuántos no aprendían!

Por dondequiera que pasaba, como las flores, dejaba embalsamado el ambiente.

Negarlo sería una aberración: Cristo es el molde de todas las virtudes.

El mundo es el pedestal sobre que descansa su egregia figura.

Nadie como él fué comprendido mejor por sabios é ignorantes.

Su lenguaje sencillo, pero levantado, no ha tenido hasta hoy imitadores.

Como orador, tampoco se le han conocido rivales.

Grecia tuvo á Demóstenes que sabía arrebatar las multitudes, Roma á Cicerón y Francia á Mirabeau.

España en su decadencia tiene á Castelar, que es una potencia, pero por sobre todas esas cumbres está el Redentor con su sermón *de la montaña* en la mano.

¿ Quién osará negar esta verdad ?

Ahora, que fuera Dios, más vale no meneallo; pero en fin, como dice Renán, merece serlo.

Caracas: — 25 — 4 — 1892.



SUICIDA

Ahí está, tendido largo á largo, bañado en su propia sangre, mitad debilidad, mitad vergüenza.

¿Qué fuerza lo impulsó hasta las playas mismas de la más grande de todas las cobardías?

¿Por qué recurrió á la muerte, si dejaba como las naves una estela luminosa, la familia?

¿Sufría mucho?

¿Había perdido la esperanza?

¿Era el sol poniente la única luz que iluminaba su camino?

¿La adversidad le había abierto de *par en par* todas sus puertas?

No; la desconfianza en sus propias fuerzas lo precipitó á un abismo en que sólo peligraron sus seres más queridos.

Creyó hallar en la muerte un remedio que curara el mal que le aflijía ¡insensato!

La medicina excedió en mucho á las dolencias de la pasajera enfermedad . . .

Ahí está el que fué su hogar, desierto, y con una mancha: la del crimen . . .

No pensó con Napoleón, cuando dijo, "el que no aspira á vencer está vencido"; y bajó á la sima del suicida arrastrando el nombre inmaculado de todos los suyos.

¿Qué remedió con su muerte el menguado?

¿Qué?

¿Por ventura alivió, siquiera en parte, las penas de la huérfana familia?

¿Acaso mitigó uno solo de los pesares que le llevó á morder el cañón de su revólver?

¿No quedaron la madre, la esposa y los hijos en peor situación que antes?

Sí . . . la pobre madre murió á poco de tristeza; la casta esposa, como María Antonieta, en una sola noche vió trocar sus cabellos color de oro en hilos color de plata.

Y . . . aún la infeliz no había dado el primer paso hacia el hospital, con quien por segunda y última vez había de celebrar eternas bodas.

Los hijos . . . los hijos en su desamparo, como los náufragos, se asieron á una tabla que fué la apoteósis de su desgracia . . . .
. . . .

Hoy en su infortunio exclaman indignados: nuestro padre es el padre de nuestra desdicha! ¡Maldito sea nuestro padre!

Caracas:—10—1—92.



BACO

A F. B. Zirí.

La mitólogía es un jardín donde cantan los pájaros y revolotean las mariposas como en una mañana primaveral.

Su cuna es la cuna del mundo, y como el tiempo, no envejece.

Al contrario: mientras más nos alejamos de aquellos buenos días, más detalles artísticos tenemos que admirar en la portentosa obra.

Los poetas de ayer, unos en *globo*, y otros como pudieron, llegaron hasta el Monte Parnaso en pos de inspiración.

Y hoy las musas son la poesía como lo serán mañana.

¿Quién osará destruir ese monumento de mentiras bellísimas, á que rendimos culto más que á muchas verdades?

Como el Tribunal más severo, tiene la mitología premios y castigos en relación de las buenas ó malas obras de los hombres.

Ahí están los Campos Elíseos y el Tártaro . . .

A más de ésto, ella es la madre del romanticismo, por más que para muchos no sea así.

¿Quién conoce á otra Venus, que la hermosa Citerea, la misma que abrió los ojos sobre marinas espumas?

Por élla tronó el Olimpo en más de una ocasión.

Por élla se fueron á las manos todos los dioses mayores, inclusive el señor Júpiter.

A Marte le *floreó la vara*, pero ya tarde: el herrero Vulcano fué el primer esposo de la Diosa de las aguas.

¿Y dónde dejamos á la ardiente Juno, quien por cuestión de celos hizo abrasar á Semelé por los rayos de su consorte?

De la humeante hoguera extrajeron las ninfas á un niño que la pobre Semelé llevaba en su vientre. . .

No era posible que aquella criatura pagara faltas que no había cometido . . .

Júpiter así lo comprendió y después de acariciar tiernamente á aquel pobre angelito, lo anidó en uno de sus muslos durante el resto de la gestación.

El niño fué bautizado con el humilde nombre de Baco, corriendo su educación á cargo de las Musas.

Los que veían al parvulito exclamaban al momento: "este muchacho va á ser un pedazo de hombre."

En efecto: fué un gran filósofo, un gran poeta y un gran guerrero.

Creía que la vida era un día de fiesta.

Hizo versos maravillosos que los clásicos antiguos se sabían de memoria.

Conquistó la India y fundó en élla más de cien mil plantíos de uva.

Jamás midió sus fuerzas con el débil, ni les hizo venias á los fuertes.

No tenía nada suyo: nació para socorrer á los necesitados.

Y no era mal parecido, por otra parte.

Los artistas lo delinean así: «joven, de ojos negros y crespa cabellera, coronado con hojas de parra, con manto de púrpura, llevando en la diestra una *botella.*»

Sin Baco, las diversiones parecían velorios, y no de Cruz.

Era fastuoso, pero sin soberbia.

Gastaba *victoria* tirada por dos briosos leopardos.

Como hombre espiritual, siempre se le veía entre las flores rodeado de bacantes, sátiros y demas divinidades campestres.

Las fiestas que se celebraban en su honor eran rumbosas.

Hombres y mujeres corrían por las calles, como en un día de carnaval, cayendo aquí, levantándose allá, pero siempre contentos y en orden.

De las aves, era la lechuza la que no podía ver Baco, ni en pintura.

Creía que los huevos del tal animal hacían aborrecer el vino, y

«Calderón que lo decía,
bien sabido lo tendría.»

Por lo demás, era la persona más correcta del mundo.

Después de algunos años de alegre vida, se casó con la preciosa Ariadna y tuvo un hijo que se llamó Estófilo.

Este muchacho fué luego uno de los hombres más célebres de su época.

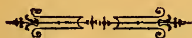
No podía ser de otro modo: ¿su padre no lo había aleccionado en la escuela de todas las virtudes?

¿Qué importa que á una de las hijas de Anio le concediera el vencedor de los titanes el don de convertir en néctar todo lo que se le antojara tocar?

En esto no hay más que ver que una niña muy traviesa y un hombre muy bondadoso.

Para terminar, fáltanos decir que Baco, á pesar de ser uno de los primeros violines del Olimpo, fué quien enseñó á Jesús á andar en burro.

Caracas:—24—11—91.



NOTA.—Baco ha sido muy calumniado, pero eso para la gente sensata es tan sólo fruslería.



FERNANDO MORALES MARCANO

I

Ya que nuestra accidentada vida nos permite descansar, descansemos.

La jornada que hemos rendido, si no ha sido larga, por lo menos ha sido casi del tamaño de la Calle de la Amargura.

Y no somos redentores sino redimidos.

Si lo uno nos colmaría de honor, lo otro no nos deshonra.

Fuimos educados en la escuela del martirio, y ahí aprendinos á sufrir.

En la adversidad crecimos, y no nos pesa.

Luchando á penas aprendimos á leer: eso es más que mucho.

Ya sabrán lo que somos los que no nos conocen.

II

Hijo de los buenos esposos Jesús María Morales y Cándida Marcano, nació en Cumaná el año de 1848 el notable escritor cuyo nombre sirve de tema á las presentes líneas.

2

Vino, pues, á la tierra Fernando, nada menos que en los momentos mismos en que el gran partido liberal lucía en toda la República su gloriosa bandera.

Qué coincidencia!

Muchos desearaín haber sido de aquellos que abrieron los ojos en la mañana de nuestra Democracia.

Sí: para aquella época estaba de un lado, y aún caliente, la sangre de patriotas y españoles; del otro, la mano de hierro del impenitente centralismo, y en medio de los dos extremos, á manera de Coloso de Rodas, el naciente partido que sacó á Venezuela de la esclavitud que la avergonzaba.

En otras palabras: sobre aquel montón de ruinas apareció el decálogo de la libertad cual Moisés en el monte Sinaí.

Y en verdad, despertar á la vida en aquellos días históricos, equivale á haber sido testigo prematuro de toda una epopeya grandiosa.

Nunca como entonces fué sometido el patriotismo á más duras pruebas.

Sin embargo, la red tendida por los buenos para atrapar á los malos cada día dilatábase más.

En ella iban cayendo prisioneros poco á poco los que por muchos años subyugaron al pueblo.

Día por día, hora por hora, minuto por minuto, celebraban las huestes liberales un triunfo más, triunfo que acrecentaba su fe en lo porvenir.

En Oriente muy especialmente se libraron reñidas batallas, donde vibró tempestuosa la palabra de Estanislao Rendón, gallardo adalid de aquella magna cruzada.

Por desgracia para la causa de la justicia, el terremoto de 53 estremeció aquellas comarcas, destruyendo casi por completo la clásica ciudad que baña el Manzanares.

Con tal motivo se trasladó á Caracas la familia Morales Marcano.

Entre los muchos colegios de la capital donde hiciera sus estudios Fernando, figura en primer tér-

mino el de Santo Tomás, regentado en aquel entonces por el benemérito Doctor Manuel María Urbaneja, y el aventajado literato é institutor, Ramón Isidro Montes.

Ambos talentos destacáronse radiantes en la edad de oro de las letras patrias.

III

Como es sabido de todos, Fernando es el único liberal de toda su honorable familia, aunque católico apostólico y romano.

Desde muy joven abrazó la bandera amarilla sin que haya desertado una sola ocasión de sus filas.

Siendo Ministro de los azules su hermano Jesús María, en vano trató de engancharlo en aquel Gobierno, ofreciéndole empleos honoríficos por una parte, y lucrativos por otra.

Por respeto á sus avanzados principios prefirió Fernando la miseria en su bando al fausto en el enemigo.

Y siguió batallando con más ahinco, y no fué apóstata.

Después de haber luchado á despecho de su familia por el triunfo de la causa liberal, se dedicó al comercio.

Oportunamente advirtió Fernando que el comercio es el gimnasio de los especuladores, y no vaciló al abandonar tales ejercicios.

Y sépase que era nada menos que dependiente de la respetable casa de sus tíos.

No se consagró a las labores de la política, pues el triunfo de la Revolución de Abril á penas satisfacía en parte los bellos ideales de las masas populares.

Tampoco optó por la agricultura ni por la cría: para éllo le faltaba dinero.

En tan excepcional situación no le quedaban nada más que dos caminos: ó capitulaba, ó emigraba.

A lo primero se resistía su reconocida buena fe; á lo segundo se oponía su excesiva pobreza.

Tal disyuntiva era por demás desesperante.

Puede decirse, pues, que aquí comenzó la vida de bohemio de FERNANDO MORALES MARCANO.

El placer en todas sus manifestaciones fué divinizado por la lira del poeta.

Como los *antiguos trovadores*, Fernando recorría las calles con su cítara en la mano, siendo unas veces Espronceda, otras, Alfredo de Musset, y casi siempre Edgard Poe.

El padre de Estófilo había resuelto el problema que tanto le diera que pensar al vate cumanés.

Y Fernando cantaba, y cantaba como canta la alondra á la caída de la tarde.

¿Reían los necios? Sí, es verdad; mas, ¿qué debiera hacerse con jueces que juzgan lo que no alcanzan á comprender?

IV

Otra vez lo hemos dicho: la poesía es la manifestación sublime de una locura envidiable.

Nada es comparable al parnaso: su imperio se extiende á toda la humanidad.

Felices y desgraciados, pobres y ricos, jóvenes y viejos, inteligentes é ignorantes, todos, sin excepción alguna le rinden vasallaje á las afortunadas hijas de Júpiter.

Y ¿cómo nó?

¿No representa aquel monte la belleza en su más genuina expresión?

¿No conserva incólume la tradición artística de muchas generaciones?

¿No es, por decirlo así, el panteón que guarda las cenizas venerandas de pasadas grandezas?

Y por último, ¿no es la inspiración misma?

Sí, incuestionablemente sí.

A los poetas solamente les es dado penetrar en aquel templo sin previo permiso.

Después de oficiar con las musas, se les ve otra vez entregados á sus recuerdos.

Pensativos unas veces, melancólicos otras, abatidos casi siempre, pasan la vida sin pensar en el pasado, sin ocuparse del presente é importándoles poco el porvenir.

Vagan por el mundo como errabundas golondrinas que azota el aquilón.

Por eso sus canciones tienen no sé qué de misterioso que encanta y conmueve.

Y si pensamos en las ocultas heridas que sangran el corazón del poeta, ¿no raya en lo sublime lo que es para unos imperdonable estravío, y para nosotros natural desahogo de las almas enfermas?

¿No cantan los pájaros sus dolores?

¿Por qué han de sonar mal en nuestros oídos las sentidas notas que brotan cual fugitivos ayes del bandolín de aquel que sufre?

Por que es un perdido?

Perdido! . . . maldito sea quien tal piense.

Muchos de nuestros poetas han cargado también con el dictado de . . . ¿para qué decirlo?

¿Por qué no le abrieron el pecho á aquellos inspirados bardos y leyeron en su corazón?

Ah! Los hombres que nacieron para la vida animal no comprenden las necesidades del espíritu.

Razón tuvo Pelletan cuando dijo:

¡Qué triste es cruzar por el mundo y no sondear siquiera una vez el corazón humano!

V

Fernando es todo sensibilidad: sus penas son las penas de sus semejantes.

¿Cómo no iba á endulzar sus tristezas con los acordes de su arpa?

Ya lo hemos dicho: el partido liberal no había cumplido de un todo su hermoso programa.

Una y otra vez la ola de la adversidad le había arrastrado hasta las playas de la indigencia.

El comercio en pugna con su ingénita honradez, le había cerrado las puertas de un porvenir cierto

La política le había alejado el cariño de todos los suyos.

En el amor había sido torturado por el capricho de veleidosa mujer.

En la amistad había sufrido amargos desengaños.

¿Qué hacer?

Cúmulo de pesares tan inmenso, hizo, pues, que Fernando le erigiera altares á los goces.

Tenía que olvidar, y le echó mano á la vestidura del filósofo griego.

Y asi le vimos, la cabeza cargada de abrumadores recuerdos, en tanto que su semblante trasparentaba una bien fingida alegría.

No se crea, no, que porque observara aquella vida anormal, no conversaba con los autores de su predilección.

Todos los clásicos españoles le son conocidos á Fernando.

Ha tenido la paciencia de leer el Quijote con un diccionario á su lado, y se sabe de memoria todas las obras de Garcilaso, Granada, León, Herrera, Rioja, etc., etc., y las dramáticas de Lope de Vega y Calderón, por más que esto último parezca inverosímil.

Conoce asimismo á los latinos y á los griegos, á quienes lee en el idioma en que escribieron.

De aquí el que sepa con bastante propiedad la lengua castellana.

Muchos le critican su rigorismo; mas, la culpa no es de él sino de sus ilustres maestros.

Además, no sólo ha leído mucho, sino que ha sabido interpretar lo que ha leído.

Sus composiciones llevan el sello de la escuela á que pertenece y el sabor literario que le es peculiar.

De los poetas líricos no nos gusta ni Píndaro, pero así y todo, siempre leemos con agrado las producciones de Fernando.

Por supuesto, no faltará quien no nos crea bien intencionados; empero, *¿ cuándo han volado los reptiles?*

Los lazos que nos unen á Fernando cada vez se estrechan más: los dos nacimos para comprendernos.

He aquí explicado el *por qué* de nuestra mutua simpatía.

VI

No es un retrato lo que nos proponemos hacer de Fernando, sino un simple perfil.

A grandes rasgos hemos delineado la fisonomía del poeta bajo dos aspectos: el de la *esperanza*, que lo llevó á la lucha, y el de la *desesperación*, que lo condujo á su propio abandono.

Empero, fáltanos decir, que á más de ser literato de profundos conocimientos, es todo un poeta de vanguardia.

Que en días tristes para el patriotismo fué de aquellos que no se cruzó de brazos ante los inauditos desafueros de la tiranía.

Que en la pensa, junto con el eminente escritor Hernández Gutiérrez, sostuvo la candidatura del va-

liente Colina, primero, y con otros diaristas, las de Pulido y Pulgar, después.

Que en todas las revoluciones que se les hicieron á los gobiernos personales del 70 para acá tomó parte activa, yendo á la cárcel por más de tres veces.

Que ha colaborado en infinidad de periódicos político-literarios, nacionales y extranjeros, ya en prosa, ya en verso.

Que tiene muchas composiciones inéditas que no ha publicado en un libro por falta de recursos.

Que Núñez de Arce le dispensó desde Madrid un elogio autógrafo con motivo de su canto á Carabobo que lleva dos ediciones.

Que el Rey don Alfonso XII también le significó en una cariñosa carta el agradecimiento del pueblo español por su oda á Andalucía.

Y en fin, que no posee riquezas materiales, pero que puede decir con Bías: todo lo llevo conmigo.

Sí, todo ésto, y mucho más pudiéramos decir de Fernando, á no ser que tememos ofender su genial modestia.

Sentimos de veras no tener á la mano alguna de las aplaudidas poesías de Fernando, como «En el Campo», «De la tierra al Firmamento», el canto «Al Mar», «El Encantado» ó «Día deDifuntos».

Sólo recordamos un anagrama suyo, que por lo breve logramos retener en la memoria, y que dice:

El que con Boulton tuvo aparcería;
el que la estatua se erigió de fama
á que llamaron Manganzón un dia;
el que fué tu tirano, Patria mía,
confirma, como firma su anagrama,
que es Boulton Manganzón y Ca.

No terminaremos estos sucintos apuntes, sin antes decir una verdad, que si honra y mucho á Fernando, también le llena de justo orgullo.

VII

Llegamos al Jordán.

La hora de la reflexión había sonado: Fernando se apresuró á lavar en aquellas aguas el traje del festín.

El 85, pues, animado por el combatiente delpinismo, cobró nuevas fuerzas, y se alistó en la oposición.

Necesitaba una ocupación cualquiera que le sustrajera de su mal vivir, y solicitó qué hacer en un establecimiento de pulpería del señor Luis Guinand Hernández, situado en la esquina de Llaguno.

En la citada casa, de levita y corbata le vimos despachar carbón, manteca, velas de sebo, etc., etc.

No porque fuera soberbio en aquella ocupación —que el trabajo siempre honra—sino por la humildad misma con que la sirviera, los mismos marchantes, movidos á compasión, se fueron retirando.

Comprendieron en medio de su ignorancia que Fernando había nacido para algo más que para pulpero, y no quisieron recordarle sus mejores días, *pidiéndole despacho.*

Como los compradores escaseaban por tal motivo, Fernando que así lo suponía sufría en silencio tanto por él como por el señor Guinand Hernández.

Este detalle de la vida del amigo basta para hacerlo conocer como el tipo más acabado de todos cuantos han sabido apostrofar la humana vanidad.

En vista de cuadro tan conmovedor, ¿quién no se hace escéptico?

Sin embargo, los que dudan de todo tienen sus momentos en que creen en *algo*, *algo* que la severa razón no puede rechazar en absolnto.

Sí. ¿Cómo negar ese *algo* que se manifiesta en los días de prueba, cuando hemos llegado á la cum-

bre de la desgracia, y rendidos por las fatigas del penoso viaje, oimos que nos dicen : *levántate?*

¿Cómo no creer en *él*, cuando el que está arriba no se acuerda del que está abajo, ni el que disfruta de salud de aquel que gime bajo el techo de un hospital, ni aun el mismo pobre, del indigente—su vecino?

Ese *algo*, es, pues, DIOS, quien cuando gozamos quizás no está con nosotros, pero cuando sufrimos no nos abandona.

Nos sugiere estas reflexiones lo acontecido con Fernando.

Un día pasó Silva Gandolphy por la esquina de Llaguno, y acercándose *al pulpero* le dijo al oído: «mi casa es la tuya; vente conmigo.»

Un par de lágrimas brillaron en los ojos de Fernando; y enmudeciendo, á penas pudo estrechar aquella mano nobilísima con todo el calor de su agradecimiento.

Pocas horas después veía Fernando alzarse espléndido el sol de su nueva vida moral; tenía un hermano y un hogar.

Nadie, absolutamente nadie puede contradecir lo que afirmamos.

Ahí está la verdad desnuda de todo chocante disfraz.

Ahí están las cosas tales cual han pasado, sin el ridículo atavío del improvisado filósofo, ni los arreos del arrepentido libertino.

Ahí, en esa mezcla de luz y de sombra, de juicio y de locura, de calma y de borrasca, hay mucho, muchísimo qué aprender.

Año de 85, salve! Yo te recuerdo con religioso respeto; y te admiro y vives en mí, porque de entonces á acá Fernando no ha cejado un solo instante en el camino de su regeneración personal.

El año pasado contrajo matrimonio Fernando con Concepción Tovar, distinguida señorita de la sociedad

de Caracas; y si como amigo es inmejorable, como esposo es modelo.

A la amistad hemos querido ofrendar estas líneas, como un recuerdo más, ya que no podemos volar como el condor de Los Andes, y desde lo alto decirle al mundo: Fernando Morales Marcano es conocido de muchos, pero comprendido de pocos.

Eso sería bastante.

VIII

Ex profeso hicimos constar muy al principio que no éramos los inventores de la pólvora.

Aquella salvedad obedeció entre otras muchas cosas más, á ser Fernando miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Y no hace ostentación de ello en esta época en que se yerguen las medianías, ¿no es verdad?

Mas, ¿qué importa eso?

¿No son muchos los que representan lo que no saben?

Fernando, por el contrario, es de los pocos que sabe lo que no representa.

Esto no lo ignoran sus admiradores ¿para qué más?

El Valle:—9—5—1891.



MISIVA

El Valle: 10 de diciembre de 1891.

Señor Doctor Jesús María Godoy.

El Tocuyo

(Humocaro - Alto.)

I

Mi muy estimado amigo:

Pasa uno, uno y otro día, y en balde voy al correo en solicitud de cartas tuyas.

¿Por qué has colgado la pluma, si así puede decirse?

¿No sabes que en mí tienes un amigo, que es además tu compañero de infortunio?

¿Ignoras acaso que no fué por un solo día que te tendí mano de amigo?

¿Por qué, pues, ese mutismo que huele ya á cosa de otra vida?

¿Te has muerto, por ventura, y es el monte en que vives tu sepulcro?

No puedo creerlo . . . los hombres superiores como tú, *mueren con el escudo ó sobre él* . . .

Recuerda que en días tristes para la Patria fuiste uno de aquellos que más se distinguieran en la lucha.

Sufriste cárceles y persecuciones en la época del terror, y no abjuraste, como Galileo, de tus creencias.

Tu abnegación rayó en lo sublime: trabajaste en las imprentas hasta de noche, y muchas veces no tuviste qué comer de día . . .

Nadie como tú puede gloriarse de haber fustigado con más energía la frente del tirano de casi un cuarto de siglo . . .

En aquella época luctuosa te erguiste, sin temor á los muchos que estaban de rodillas . . .

En la prensa lo fuiste todo: escritor, cajista, prensista y distribuidor . . .

Y . . . nada fué bastante á hacerte desistir de la salvadora propaganda, cuyos frutos cosecha hoy la República.

Ni la pérdida de tus avanzados estudios, ni los consejos de tu honorable padre, militante entonces en las opuestas filas . . .

Nada . . . ni las constantes amenazas de los sayones del autócrata, ni el hambre misma que tantas veces te sitió . . .

Con los reveses que sufrías, por el contrario, cobrabas nuevas, grandes fuerzas.

Por fortuna, no hay quien no sepa de memoria tu limpia historia política: ahí están *El Delpinismo* y *El Yunque*.

Nadie puede acusarte de haber especulado con la revolución . . .

Soldado del partido liberal, lo sacrificaste todo por la Causa . . . fuiste hasta conjurado contra Guzmán . . .

En el destierro, por último, te ví con la sonrisa del justo en los labios, en tanto que más de uno vacilaba y . . . silencio . . .

¿ Por qué, pues, ya que tantos lazos nos unen, has establecido el olvido entre la distancia que nos separa?

¿ Por qué, cuando á más de nuestras afinidades políticas, tenemos otras muchas afinidades filosóficas?

¿ Por qué, Godoy, y en estos instantes en que debemos estar lo más unidos, ó menos separados? No me lo explico . . .

II

Militia est vita hominis super terram.

JOB.—7—91.

Y en verdad, buen amigo, el paciente Job tiene razón

Nuestra vida es una constante milicia, y ¡ qué milicia!

Aún llevamos encima parte de los arreos del combate . . . adelante!

Ayer nos armamos contra el despotismo de un hombre; hoy se hace necesaria la lucha por la libertad de la conciencia.

Tú perteneces á la generación nueva y llevas en tus venas todo el calor propio de las Grandes Causas.

Pudiera decir de tí que viste la luz en una montaña, aprendiendo con el león á ser fuerte, y con el águila á ser fuerte y libre.

Tú odias los términos medios, por lo mismo que no eres hombre ni de encrucijadas ni de dobleces.

Tu convencimiento te ha levantado muy alto: por éso, en la cima en que estás, luces pequeño . .

Y . . cosa rara: no hay quien no vea en tí al mejor de los demoledores de los viejos edificios . . (salvo aquella gente!)

Legionario de las huestes del porvenir, ya has rasgado las desteñidas vestiduras que la tradición conserva como gaje del oscurantismo de pasadas edades.

Empero, de pie, que el enemigo no duerme, de pie, sí, que han dado el santo y seña y se aprestan para el combate. (1)

Nada los ha detenido en su loco intento . . persiguen un fin: nuestra ruina . . .

Quieren sumirnos en un día sin sol . . imposible! . .

Quieren vernos prosternados á la sombra del negro palio que con aire de triunfo pasean por la República . . insensatos ! . .

¿Por qué no recuerdan las excelsas palabras de Lutero, del inmortal Pastor?

¿Por qué no piensan con él, cuando dijo:

"Soy Sacerdote y tengo corazón de hombre justo; amo la patria de todos, el mundo, y deseo verlo libre: admiro á aquellos que se constituyen en verdaderos defensores del derecho y bendigo á los que se muestran fieles intérpretes de la sana filosofía."

¿Por qué no siguen por ese carril los que con Sixto IV á la cabeza, patentaron los vicios?

¿Por qué, por el contrario, luchan y forcejean por mantener estacionaria toda nuestra actividad?

. . . Se han rebelado ¡locos! contra todo aquello que está dentro de los límites mismos de la sana razón . .

¿Ese fué el ejemplo que les dió el Cristo del Calvario?

No . . es que están sedientos de mando . . es

---

(1) El Catolicismo distribuye *con profusión* la obra del Presbítero Félix Sarda y Salvanls, titulada "El Liberalismo es pecado", obra que lleva siete ediciones, que yo sepa..

¡¡¡¡Siete ediciones, que yo sepa!!!!

A más de ésto, fomentan por todas partes el establecimiento de centros católicos con sus correspondientes periódicos, librerías etc., etc.

que corren tras el poder temporal (11) y algo más. (111)

Y en su camino, que es el camino de Maquiavelo, posponen los medios al fin.

¿ Qué les importa á ellos lanzar rayos y centellas, á diestra y siniestra contra aquellos que novisten luto por la muerte de Jesús?

Yo, por ejemplo, he sido víctima, más de una vez, de la intolerancia de nuestros comunes enemigos.

Y por qué?

Porque la verdad no es nada más que una y yo soy idólatra de élla.

Mi *culpa*, pues, ha estado en relación de lo mismo que me enseñó un santo padre de la Iglesia.

Y qué padre! un sabio más grande que Salomón, que Humbolt y que Víctor Hugo: Lutero.

Y qué? Acaso porque me hayan anatematizado, han vencido?

Nó, la época de la Inquisición pasó, pasó para jamás volver.

Los días en que vivimos son de luz y no de tinieblas; de civilización y no de barbarie.

Duerma la edad media el sueño de que no ha de despertar mañana.

Conténtense los admiradores de las Cruzadas con llorar sobre la tumba de sus *glorias* . .

Arriba de ese montón de ruina nos toca, sí, entonar un canto.

Y lo entonamos con todas la fuerzas de nuestros pulmones.—

---

(11) "Jesucristo declaró que su reino no era de este mundo"---San Jnan XVII, 36. "También advirtió á sus apóstoles que no confundiesen la misión que les daba con el poder que los Príncipes de la tierra ejercen"---Lucas XII, 20.

E Hildebrando (Gregorio VII), en enero de 1077 se hizo besar los piés por Enrique IV, el hombre que se distinguió en 66 batallas; y lo peor de todo es que obligó al Emperador á comparecer en la fortaleza de Canosa, donde aquél vivía á sus anchas con la Condesa Matilde. (Fleury, Hist. ecles. 1074.---1080, libro LXII y LXIII.)

(111) Telégrafo Nacional---Maracaibo: 14 de octubre de 1891.---Las 4 hs. p. m. *Para Doctor S. Casañas.*

Elevamos á conocimiento del Primer Magistrado de la República por el muy digno órgano de usted que, el cura párroco del Distrito Urdaneta, Presbítero Doctor Carlos María Lizardo, es el Director del Círculo ministerial Parrista en aquella localidad, y con tal motivo la Jefatura civil del Distrito ha abandonado la casa municipal y trasladó su oficina de audiencia á la propia casa del cura, en donde al mismo tiempo permanece una guarnición del Estado acuartelada y elaborando parque. Todas las maquinaciones con que allí se han venido atropellando y aún se atropella la ciudadanía es obra exclusiva del referido señor cura.

Con sentimientos de consideración y respeto somos sus atentos S. S.

L. F. Ramsboth, Doctor Juan Nevado, Eduardo Carrasquero, V. J. Pineda, Emiliano Fernández, Salvador Atencio.

Y por qué nó?

¿No sabemos por experiencia que nuestros perseguidores de ayer son nuestros mismos perseguidores de hoy?

El gran partido liberal, por fortuna, tiene rumbos fijos.

Bien estaríamos los liberales, si soportáramos, después de nuestros triunfos, la imposición antojadiza de un poder, por exótico, moribundo.

Al cáos, más allá de él, irían á parar nuestras glorias, nuestras conquistas y el inmaculado nombre de la Causa que defendemos.

Pero nó; las dos terceras partes de los venezolanos no se ajustan á los viejos moldes de la desatentada teocracia.

Sí; pocos, son contados los retrógrados que cierran los ojos para no ver los resplandores de la triunfante filosofía.

Empero, así y todo, la lucha está empeñada y ¡ay! de aquellos que intenten imitar á la mujer de la leyenda bíblica.

Nada será bastante, luego, á detener la ola que les ha de arropar por siempre.

. . . .

El pensamiento anti–católico está esparcido en todo el territorio nacional, aunque combatido por una peligrosa minoría.

Para hacerle frente al enemigo contamos felizmente con casi la totalidad de nuestros compatriotas.

Tan es así lo que te digo, que, bástete saber que en Caracas está en alza el protestantismo.

Te recomiendo, yo que tampoco soy protestante, "La Luz Cristiana", magnífico periódico, órgano de los reformistas de la capital.

Por ese notable periódico, redactado por una honorable señora, así como por los otros que se publican en los Estados, verás que los candiles de la fé ciega han sido reemplazados por los brillantes fanales del libre exámen.

Abundan, sí, por todas partes inmensos focos de

luz donde se baña el pensamiento de los que no quieren morir en la ignorancia.

Ya casi no hay quien no crea con Wiclef, "que Dios no manda á nadie á creer lo que no puede comprender."

Y en verdad, el tiempo de creerlo todo no es el tiempo de nosotros.

Antes, todo lo esperábamos de la Iglesia, hoy, la Iglesia todo lo espera de nosotros.

Como por las buenas no pagamos ni diezmos ni primicias, ponen sus piedras, soñando en una alianza con el Estado.

Se equivocan . . Bolet Peraza lo ha dicho: "mientras el altar y el trono estuvieron unidos, el uno para esclavizar el espíritu y el otro al cuerpo, el clérigo no se cansaba de predicar la resignación y el desprecio á las riquezas, prometiendo allá en la otra vida el ciento por uno.

"Hoy el cielo ha perdido sus encantos, y el trabajador prefiere lo positivo á lo imaginario, pues que estamos en el siglo de las emancipaciones."

Ahí está, Godoy, fotografiado, no el movimiento filosófico de Venezuela, sino del mundo entero.

¿Quién prefiere hoy día el estrecho camino de la revelación á la ancha vía de la filosofía, asiento de todas las verdades?

¿Quién? . . . . . Nadie . . . . .

La Iglesia pudo ser necesaria allá en sus mocedades; hoy es un estorbo, y más que un estorbo, una amenaza.

¿Cómo se comprende la vida ciudadana, llevando el cuello abrumado por *milagrosas reliquias*?

Dios, por otra parte, no es la Iglesia, pero la Iglesia, después de la crucifixión del Maestro, sí es la negación de Dios.

¡Ah judíos malos! en un instante acabaron con la más preciosa de todas las existencias.

De entonces acá el mundo marcha, si nó á oscuras, por lo menos entre dos luces.

Hoy es imposible conciliar el día con la noche,

que no otra cosa es Cristo y los que especulan con su obra.

So dos polos opuestos que se repelen y que nunca llegarán á unirse.

Para el logro de esa anexión sería preciso que Dios obrara un milagro, y él es incapaz de justificar á los que tanto mal le han hecho.

Al fin tendrán que volver sobre sus pasos: eso me consuela.

La ciencia, entre tanto, será iluminada por Dios; la razón será iluminada por Dios; el Estado será iluminado por Dios; el ciudadano será iluminado por Dios.

Los falsos ídolos caerán, arrastrando en su caída la túnica con que por tanto tiempo engañaron.

Todos los elementos absorbentes que viven de nuestras miserias desáparecerán al soplo mismo de las evoluciones del Progreso.

Yo creo, Godoy, que la luz del nuevo día, si tarda, llega.

¡Cuándo nos veremos desembarazados de ese fanatismo religioso que nada nos da y que tánto nos quita!

Y nos quita, no sólo moral, sino materialmente . . .

¿Qué tienen los llaveros de la otra vida?

Riquezas y más riquezas acumuladas al abrigo de la fe de pobres trabajadores.

¿Qué tenemos nosotros?

. . Mucho . . . muchísimo . . . . tenemos un macuto y el bordón del peregrino . . . .

Todos éllos viven la sabrosa vida monacal; cuando mueren es lejos, muy lejos de las paredes de un hospital.

Llámense Javier ó Don Bosco, Calver ó Vicente de Paúl . . y éso que moran en diferentes latitudes.

¿Por qué nosotros no tenemos un techo, y quizás, por nuestra accidentada vida, quien nos cierre los ojos, llegada la hora de la muerte?

¿Somos, por ventura, de peor condición que ellos?

Nó; es que no sabemos engañar; es que no sabemos especular, por lo mismo que somos liberales.

Nuestros adversarios son más que adversarios, enemigos, y más que enemigos, demagogos. (4)

A combatirlos, pues, sí, á combatirlos hasta llevarlos á sus últimos atrincheramientos.

A combatirlos hasta que sientan el peso que jamás han sentido de la ley de Patronato Eclesiástico.

A combatirlos hasta que, siguiendo el espíritu de la Reforma, sean hombres útiles á la sociedad en que viven.

A combatirlos, en fin, hasta que, sanados de la ceguera que les aqueja, no vean en el libre pensamiento el veneno que mata, sino la medicina que da salud.

A combatirlos, por último, que éllos no saben lo que es el amor al prójimo . .

La prueba al canto.

«Uno de los doctores de la ley le preguntó á Jesus quién era su prójimo . . .

«La respuesta del hijo de María fué ésta:

«—Bajaba un hombre de Jesusalén á Jericó y cayó en manos de unos ladrones que lo despojaron de todo, y habiéndole hecho muchas heridas, se fueron, dejándole medio muerto en el camino.

«Y sucedió que vino por allí un sacerdote, y aunque le vió, pasó de largo, y de la misma suerte un levita que llegó cerca de aquel paraje, habiéndolo visto, pasó adelante; pero un samaritano que iba de camino llegóse á donde estaba, y viéndolo, movióse á compasión, y acercándose, viendo sus heridas, bañóselas con aceite y vino, y subiéndole á su cabalgadura, le condujo á una caravanera, donde tuvo cuidado de él.

«Al día siguiente, al partir, sacó dos denarios y dióselos al encargado de la caravanera, diciéndole:

---

(4) Dice *El Cruzado* de Mérida, que el liberalismo es una heregía y la rebelión contra toda autoridad. Como ya otro cruzado ha dicho, sería bueno que el partido liberal de Venezuela comience á pensar seriamente é informarse de si estará excomulgado por las heregías que viene cometiendo desde que libertó los esclavos hasta ahora que ha afirmado la libertad de la prensa.
(Tomado de *La Opinión Nacional*, Nº 6.630.)

ten cuidado de este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré á mi vuelta.

«Jesús preguntó al doctor ¿Quién de estos tres, el sacerdote, el levita ó el samaritano te parece haber sido el prójimo del herido?

«—El samaritano que usó de misericordia con él, respondió el doctor.

«—Pues anda, dijo Jesús, y obra tú de la misma manera.»

(Lúcas, X, 25-37—citado por M. J. E. Darras—Historia de Jesucristo, página 495.)

Si ésto pasaba entonces, Godoy, deduce cómo andarán las cosas ahora.

Siglo del vapor, salud!

III

Godoy, ya te he dicho que la Iglesia es un estorbo y más que un estorbo una amenaza.

Bien sabes tú que quise hacerme extensivo hasta más allá de las sinagogas de los judíos y de las pagodas de los hijos del Celeste Imperio.

Empero, como "de los males el menos", es preferible la Reforma antes que el catolicismo.

Los protestantes son gentes buenas; además, el Código de sus creencias está expurgado de todas aquellas cosas que tanto lo afeaban.

En ellos hay muchas cosas buenas, entre otras, tolerancia, virtud ésta no conocida por los católicos.

Te hablo con el alma.

Los mismos que me bautizaron me han hecho dudar de todo, menos de Dios . . tales han sido las cosas que he mirado.

Y á penas digo algo, yo que soy seglar, me veo

atacado y ¿por quién? pues, por los colegas del reverendísimo padre Ruiz, de Petare.

En días pasados, nada menos, publiqué un artículo en *El Tribuno* de Caracas, titulado REMEMBRANZAS.

Francamente, no tenía nada qué hacer y me dije, si *la vida es movimiento, movámonos.*

Principié á refrescar mis recuerdos, é hice, si nó un palacio, sí un rancho.

Busqué un amigo á quien dedicárselo y asaltó mi pensamiento el nombre de Juan Montalvo, que es Juan de Dios Uribe, según el amigo Potentini, y el que ésto escribe.

¿Y qué crees que me sucedió?

Si estuvieras aquí me dirías con la seriedad que te es característica: casi nada . . te salieron los canes y te mordieron . . . •

En efecto, así fué . .

Los redactores de un periódico que no quiero nombrar, me salieron al encuentro ¡y cómo! como unos mismísimos desesperados . . .

Y lo peor de todo, salirme á mí, á mí que no sé lo que es meterme con alma nacida . . .

De seguro que tú no has leído el artículo de que te hablo tan solo por el alejamiento en que te hallas.

Como mereció los honores de la crítica por parte del Areópago Católico de Caracas, más adelante lo leerás.

Siempre he creído que la crítica que no edifica no es crítica, sino pasión mezquina.

Decir: esto es malo *porque sí* es no probar nada.

Probando mismo, no es gran triunfo que digamos, corregir un error de tiempo ó de lugar.

Theofano, dice un autor, fija el principio de la dominación de los franceses en la capital de Italia el año de 799, y esto no es exacto, agrega, pues fué un año antes la extinción absoluta de la soberanía de los emperadores griegos sobre los romanos.

"El padre Loriquet, de la Compañía de Jesús,

escribió en Francia un compendio de Historia para uso de los niños, en la que dice que Napoleón, Marqués de Bonaparte, ganó todas las batallas bajo el reinado de Luis XVII."

Y por último, muchas autores de ultramar tienen aún á Don Andrés Bello por chileno.

Por eso yo respeto á Puigblanch; dijo el ilustre varón: "lo más á que puede aspirar un escritor es á que una obra suya tenga pocas faltas; más no á que deje de tener algunas."

En verdad, el único infalible es Dios; después de él, principiando por el Papa y terminando por el más sabio de los sabios, no hay quien no sea falible.

Esta es una verdad *de á folio* . . .

¿Qué ganaron con su ridícula crítica mis censores de todos los días?

¿Qué se echaron en el bolsillo?

¿Subieron algún peldaño de la escalera de la gloria?

¿Sirvieron eficazmente las necesidades de su secta, secta que no lleva de vida XIX siglos completos?

Nó; quedaron envueltos en el polvo de la derrota, pero como el Caballero de los Leones, siempre dispuestos á nuevos, singulares lances.

Lo peor de todo es que sin saberlo me hicieron un bien . . he gastado unos cuantos centavos en libros, que me sirven de coraza y de alabarda.

Lo único que yo lamento, y lo lamento de veras, es que á pesar de nuestros esfuerzos por conseguir la libertad de la conciencia, aún somos parte de la fábula de "El Toro y El Soldado" . .

Tú bien sabes que la moraleja es ésta: si el soldado mata el toro, pierde el soldado, si el toro mata al soldado, pierde el soldado.

Me refiero á la influencia, á la influencia que ejerce la sotana en el sexo bello.

Las alas de esos cuervos son negras, negras como una noche invernal, y desgraciadamente flotan en derredor de las mujeres . . .

De las mujeres, quienes como los niños se arrodillan ante los curas; de las mujeres, ante quienes nos arrodillamos nosotros como niños.

Más, las mujeres que saben lo que les ha pasado á las mujeres, ésas, ésas están con nosotros . . y son muchas.

Para que veas que mis gratuitos enemigos colaron un mosquito, ahí va el artículo en cuestión.

Dije ayer y ratifico hoy:

"El enfriamiento de la tierra la hizo útil.

De la más feliz de las evoluciones de la materia orgánica, surgió el hombre.

La Naturaleza misma le fué llevando como de la mano á todos los humanos conocimientos.

El arte, las ciencias y las industrias nacieron al calor de generaciones no corrompidas.

La India le disputa á la China la gloria de la civilización del mundo.

En efecto, de aquellas lejanías brotó el sol primero que aún esparce en el planeta sus benéficas claridades.

Muchos miles de años de constantes esfuerzos trajeron á Manú y á Cristna: éllos fueron los redentores primitivos.

Alejandría llegó á ser la ciencia misma, y ¡oh destino! fué profanada por dos incendiarios que se llamaron César y San Cirilo. . .

(No entramos á averiguar si el taumaturgo del Monte Sinaí fué de Egipto á Judea.)

Moisés y Jesús, alternativamente, encendieron la apagada luz que un tiempo brillara espléndida en Oriente.

El primero de estos dos genios fué asesino; (5)

---

(5) Moisés, el gran educador y Jefe del pueblo judío, no sintió ningún remordimiento al sacrificar á 3.000 de sus compatriotas en holocausto al Señor, y únicamente temía que no fuese bastante, mientras que hoy una acción de esta clase sería considerada como una abominación y una brutalidad monstruosas; y el venerable David, tan querido de todos los teólogos tomó la ciudad de Rabia (Samuel, libro 2º, capítulo XII, vers. 31) haciendo salir toda la población, los cortó con sierras de hierro y los arrojó en hornos de ladrillos: así hizo con todas las ciudades del Rey Amon. (citado por Radeshasen.)

(Isis--tomo II, página 34 y siguientes.)

el segundo, más que bueno, bonísimo; por eso halló una cruz . .

Así y todo, el Moisés legislador de su patria siempre será para la Historia un sabio.

¿Quién dirá lo contrario?

La labor del judaísmo, por defectuosa, engendró la gran revolución cristiana.

Cinco siglos no completos de edificantes enseñanzas, promovieron un conflicto.

¿Quién mandó á los partidarios de Jesús á entrar en transacciones con el ya *sepultado* paganismo . . (6)

¿Quién?

Ellos mismos que, sin saber apreciar la omnipotencia de su poder, buscaron el medio de salvarse de un peligro en que ni por asomos se encontraban.

Junto con la destrucción del Imperio romano, aparece, pues, la Edad Media cortejada de sombras.

Y vienen las Cruzadas, y con las Cruzadas la barbarie, y se yergue el exterminio. .

Qué noche aquella! . . .

Diez siglos de contínuos escándalos sellan en Constantinopla, con la muerte de Constantino y Justiniano, (7) el martirologio del género humano.

La Iglesia romana, empero, aún era la soberana absoluta de la conciencia de monarcas y vasallos.

El Emperador muerto había dejado el poder teocrático como gaje de sus injustificables ambiciones.

La autoridad papal lo era todo: el anatema era temido.

No era posible esperar, por ilógico, que á raíz de la victoria alcanzada por Tholomeo II, el Papa rasgara las vestiduras del poder temporal.

Y lo conservó por muchos años más, á despecho de mar y viento; es decir, de todo.

---

(6) La primera comunidad cristiana vivía enteramente á la manera de la judía observaba el sábado, practicaba la circuncisión, respetaba á Jerusalen y á su templo y convenía en algunos sacrificios.
(Luis Buchner,)—(El hombre y su lugar en la Naturaleza)

(7) Véase la Historia de la Edad Media por N. Duruy, pág. 300.
Este autor es más que conocido de Güelfos y Gibelinos.

Garibaldi y Víctor Manuel, Cavour y Victor Hugo, hicieron pedazos aquel ignominioso yugo.

Ya Carlos V, primero, y Voltaire después, habían dado el ejemplo con la arrogancia que les era peculiar.

La catástrofe dejaba un recuerdo sombrío: Santo Domingo de Guzmán que personificó la Inquisición.

Faltaba el complemento de aquel cuadro pavoroso, y apareció Ignacio de Loyola, quien instituyó la orden de los Jesuítas, con el beneplácito de Paulo III, en 1540.

Esta secta ó congregación no es otra cosa que el peor de los suplicios inventados por los hombres.

Tan odiosa institución es un cáncer para la Iglesia y una amenaza constante para los poderes legitimamente constituidos.

Un escritor dice de ella que, exigiendo la obediencia incondicional que deben prestar los inferiores á los superiores, hace del hombre un cadáver . . y es verdad.

El jesuíta sigue ciegamente el precepto que dice: nada hay tan agradable á los ojos de Dios, como creer sin comprender, inclinarse sin saber, abjurar de la inteligencia.

Este es el colmo de la más atrevida obcecación, por no decir otra cosa.

Afortunadamente, ayer como hoy han sido condenadas las absurdas pretensiones de esas aves de rapiña.

En ocasión solemne dijo el Doctor Murillo, "que la sociedad colombiana no se proveía sino de libros autorizados y especialmente elaborados por la Compañía de Jesús, desde los del padre Jaén hasta los de la pomposa y falsa erudición de Cantú."

Y agregó: "esa clase de libros solo sirve para condensar la ignorancia, entenebrecer la inteligencia é imposibilitarla para las concepciones de la ciencia."

Y no dijo mentira, no.

El jesuíta es un instrumento siempre dispuesto al mal.

Nada es comparable con la mala intención que los anima.

El otro día, puede decirse, cometieron un espantoso crímen.

"La Revue Spirite" de París, correspondiente al mes de noviembre de 1861, dice lo siguiente.

"El 9 del mes pasado, á las 10 de la mañana y en la esplanada de la ciudad de Barcelona, donde se ejecutan los criminales condenados al último suplicio ☞POR SUGESTIÓN DE LOS JESUITAS☜ el Obispo de aquella Diócesis, hizo quemar trescientos volúmenes y folletos escritos por Allan Kardec, Pierard, Graud, Guedenstublé y otros autores."

"Y en 1868 fué quemado en una de las provincias de España, por los jesuítas, el retrato del Dr. Huelbes Temprado (español), autor de un libro titulado: Noción del Espiritismo".

El acto fué presenciado por el Poder Civil"

Qué horror . . .

Bien hicieron muchos pueblos al echar de su seno á los menguados resucitadores de las piras. (8)

En Colombia han encontrado asilo, los malditos, pues Colombia es imán que los atrae.

Que no vengan á Venezuela, que no vengan los réprobos.

Aquí no queremos verdugos, por lo mismo que no existe la pena de muerte.

Váyanse todos á la desalmada Albión, que ahí están bien: las hidras simpatizan.

Empero, lo mejor de lo mejor es que Clemente XIV en Breve de 21 de julio de 1773 anula la orden

---

(8) Refiere Roberto Robert en los Cachivaches de Antaño, tomado de otro autor, y en la página 220, lo siguiente:

"Estalló el odio universal contra los jesuítas, cuyos crímenes, cuyas desatentadas ambiciones tenían cansados á los pueblos y aterrados á los reyes.

El instinto de conservación les hizo arrojar de Francia; el Rey de España les arrojó de sus posesiones de Europa, Asia y América; desterrados fueron de las Dos Sicilias, Parma y Malta; y esa orden objeto de execración para la humanidad seglar' fué exterminada casi en todos los países que habían sido teatro de sus funestas "glorias' en el Perú, en Méjico, en el Paraguay y en el Brasil.

Y "La Nueva Granada, Venezuela y el Ecuador los arrojan como perjudiciales á la libertad".

(El Catolicismo en presencia de sus Disidentes, obra del Presbítero José Ignacio Víctor Eyzaguirre, tomo I, pág. 81.

de los jesuítas, (9) en tanto que Pío VII en otro Breve de 7 de agosto de 1815, la restablece.

¿Quién entiende ésto?

¿Cómo se explica semejante contradicción?

O es una é infalible la autoridad pontificia, ó es varia y falible.

Averigüen la verdad del particular los idólatras del incienso.

Discutan este punto los desocupados creyentes.

De nosotros decimos, que nos importa lo uno ó lo otro lo que á un ciego unos anteojos.

Echamos inocentemente una mirada retrospectiva, y por fuerza hubimos de tropezar con los señores jesuítas.

No es que exprofeso quisimos exhibirlos como ellos son, deformes, sino que así tenía que ser, y fué.

La Historia no es como la Leyenda ni como la Fábula; ella tiene su lenguaje brusco, hiriente, si se quiere, pero ese es su lenguaje.

Atavíen los poetas á las hijas de su ingenio: está bien.

Nosotros, que no lo somos, presentamos estas líneas como nacieron de nuestra imaginación: desnudas."

IV

Ahora, Godoy, en cuenta como estás de este historial, estúdialo y júzgalo.

Tú eres uno de esos hombres honrados que escasean pero existen.

A la luz de tú sano criterio tiene que resplandecer la verdad.

---

(9) "Clemente XIII, su antecesor," derramó su protección sobre la Compañía de Jesús, y por eso le pasó, lo que le pasó. .

Contento estoy con dirigirte esta carta, pues soy uno de los pocos que saben lo que tú eres.

Un juez mejor no lo habría encontrado ni con la linterna del hombre del tonel.

Y no te digo esto para que, en caso contrario, dobles en mi favor la vara de la justicia.

Tampoco es mi mente colmarte de alabanzas, por la sencilla razón de que tú no sabes lo que es gastar enaguas.

Si fueras Venus Citerea . . . vaya . . .

Pero nó; estás muy distante de ser una deidad; si algún puésto tuvieras en el Olimpo, serías, en todo caso, Júpiter, ó por lo menos Vulcano.

Y va de expansión . . .

Dime ¿para qué había yo de esperar á que tú te murieras para dedicar esta carta á tu memoria?

¿No es mejor que sepas en vida que tienes admiradores que no saben adular, amigos que no son volubles, y adversarios que te miran con respeto?

Sobre todo, Godoy, siempre es más satisfactorio verse atacado en vida, que ensalzado después de ella.

Y si esto acontece tratándose del hecho agresivo, ¿no es doblemente satisfactorio, tratándose del hecho justiciero?

Y no es que crea esto por mera vanidad; nó, es que son tantas las de arena, que cuando cae una de cal tiene uno que decir: ¡vaya!

La vanidad, por otra parte, es una mujer liviana que le gusta que la galanteen: eso es más que mucho para que no tenga entrada en nuestro reino.

Así, pues, buen amigo, impórtete poco la opinión de los que no alcancen á comprender esta carta.

Soy tu amigo.



1783—1883



Bolívar como Cristo fué hijo único.

Alejandro, ni Darío, César ni Pompeyo le van en zaga.

El mismo Napoleón dominador del mundo, tampoco.

Nació para vivir en el espacio y en el tiempo, y es inmortal.

Su vida fué un poema y ¡qué poema!

No hay papel debajo del sol para copiar tanta grandeza.

Si se juntaran todos los enemigos de sus glorias ¿qué harían?

. . . Insultar su memoria, maldecir su nombre. . . y nada más.

No fué un cometa que pasó, sino un astro de primera magnitud que brilla y brillará.

Piensen los enemigos de la República lo que les dé la gana . . .

Nosotros, sin ser personalistas, vemos en Bolívar el rayo que acabó con la decrépita reyedad española.

Y cómo?

Con un canto épico de lo más sublime: el Decreto de Trujillo.

Año de 1813, salud!

Sí; ese Decreto fué un mar apacible donde navegó la libertad con viento en popa.

Bolivar como Marat amaba mucho al pueblo: loado sea el fanatismo patriótico de los dos!

Cuando se escriba la historia como ella es, ¡adiós politeísmo!

Entonces el Olimpo no tendrá más Dios que el Padre de la Patria: Bolívar.

Caracas: — 28 — 10 — 83.



SUCRE

I

La Patria cumplió al fin: la deuda contraída con Sucre está satisfecha.

No era posible prolongar por más tiempo el incomprensible mutismo que ya nos hacía criminales.

Cumaná, madre fecunda, salud!

Cabeza y espada: he ahí el sinónimo de la víctima de La Carraca.

Con fe en el triunfo de su causa, supo sufrir más de una vez los rigores de la adversa suerte: era todo un patriota.

De vencido y vencedor se transformó en invencible.

Muchas fueron las batallas ganadas por el gallardo hijo del Oriente: Ayacucho las eclipsa á todas.

La Libertad de América ve en aquella jornada la hoguera que volvió cenizas los títulos nobiliarios de la vetusta España.

Carabobo acabó con los enemigos: Ayacucho con los pergaminos de esos enemigos.

Rotos los dos lazos, quedó la gran Colombia iluminada por claridades de gloria.

¿Qué importa que alevosa mano clavara su afilado puñal en el pecho mismo del noble paladín de la Independencia Patria?

¿Su valiente compañero no corrió la misma suerte?

Obando y O'Leary, temblad en vuestras tumbas . . . Sucre y Córdoba están santificados por la Historia!

Empero ¿dónde están las cenizas venerandas del fiel amigo de Bolívar?

. . . .

Silencio, silencio! . . . .

. . . .

II

Colmado de riquezas y de honores, siempre vivió una vida humilde el incomparable guerrero.

No fué de aquellos que en lugar de libertar conquistaron.

Pensó cerner sus alas de condor sobre la tributaria Cuba: Bolívar se lo estorbó.

Sucre no debía llamarse el Libertador de los cubanos, como tampoco Piar de los venezolanos: siempre la misma menguada emulación.

No obstante los esfuerzos de Bolívar por anular á Sucre ¿cómo le llaman los peruanos?

Contesten las tradiciones, ya que la Historia está inédita.

Los libros que han venido publicando parciales plumas no merecen ser leídos sino á la hora de dormir.

Baralt y Díaz: he ahí lo menos malo.

No era posible que la espada de los unos, mojada en la sangre de los otros, fueran la pluma y la tinta que dejaran la verdad en pié.

Tampoco era de esperarse que los descendientes de las víctimas y de los victimarios fueran tan *nobles* como para echarlo todo en saco roto.

Las heridas de ayer aún no están cicatrizadas hoy.

Si te dan un golpe en un lado, pon el otro, dijo Cristo, más, ¿hoy quién sigue esa escuela?

El que procede mal no tiene derecho á esperar bien alguno: de ahí la ley de las represalias, que nació con el mundo y con él morirá.

Así que la Historia sea Historia y no leyenda, sabremos cual es el verdadero tamaño de Sucre.

Los godos de entonces lo tienen por incondicional de Bolívar: los liberales de hoy le levantan estatuas.

Grande ó pequeño, es lo cierto que está muy por encima de la generación presente.

En medio de los mayores peligros conservaba su ingénita serenidad el terror de las huestes castellanas.

Vencedor, jamás hizo mal uso de la victoria.

Inteligencia clara, nunca estuvo al servicio de las malas causas.

Honrado hasta por genealogía, no llegó á manchar sus manos con las agenas riquezas.

Atalaya de la libertad, habría hecho lo que Ricaurte en el campo inmortal de San Mateo.

¿Qué le faltaba, pues, á Sucre, para pasar de lo grande á lo sublime?

¿Qué? . . .

Le faltaba una Cruz . . .

El esclarecido cumanés no debía subir al Calvario de sus enemigos, como Ribas, sino al de sus hermanos, como Cristo.

Así está bien . . .

Oh, montes de Berruecos, benditos seáis! . . .

La sangre que tiñó tu suelo aún está refrescando el árbol de la libertad de un mundo.

Amigos como somos de la verdad, ésta es la mejor ofrenda que podemos hacerle á Bolívar en su 107º aniversario.

Caracas: — 24 — 6 — 1890.



PAEZ

No ha llegado el momento de fallar definitivamente sobre el guerrero y el Magistrado.

Las luchas de partido han oscurecido la Historia: Páez se ve, pero entre sombras.

Mañana dirá la posteridad si las manchas del Héroe son las manchas del Sol, ó los lunares de nuestros cuerpo político.

Su mayor gloria consiste en haber sido tan discutido.

La Patria cumple un deber de justicia celebrando el primer centenario del incansable batallador.

Al gran partido liberal le ha tocado presidir la fiesta de la familia venezolana: felicitémonos.

Caracas: — 14 — 6 — 90.

SOUBLETTE

1779 — 15 DE DICIEMBRE — 1889

Colombia nació libre y . . . la razón de la fuerza hizo que fuese tributaria por muchos años de la vetusta España.

Los indómitos aborígenes de aquel entonces hicieron la más heróica resistencia de todas cuantas registra nuestra guerrera historia.

Estrellados los valientes flecheros contra las bocas de fuego del común enemigo, se retiraron á las selvas: la lucha quedó aplazada para mejores días.

En efecto: del cruzamiento de la raza índica surgieron los obreros que habían de concluir el monumento consagrado á guardar los recuerdos de nuestra pasada grandeza.

Gual y España dieron el primer paso en el camino de la República en 1797.

Nueve años más tarde Miranda acaricia la idea de libertar á la América del férreo yugo á que estuviera uncida.

Nada detuvo al egregio soldado . . . ni aún los pródigos agasajos de las reales cortes . . .

Cargada la frente de laureles, cruza los mares de la Patria el consecuente amigo de Dumouriez, luego de haber alcanzado celebridad en el viejo mundo.

Desgraciadamente, la adversa suerte ahogó los titánicos esfuerzos del ilustre varon, retardando por un momento el anhelado triunfo de los buenos.

La semilla del bien quedó en gestación á despecho de todo, prometiendo ópimos frutos para la causa de la Libertad.

No muy tarde, no, (1810) parte de la juventud de Caracas decía con todas las fuerzas de sus pulmones lo que después repitiera Monroe.

Y comenzó nueva lucha.

Los realistas combatían por la decrépita reyedad española: los patriotas por la naciente democracia americana.

Sangrienta fué aquella contienda en que la noche le disputaba al día su claridad.

Después de dos años de rudo batallar vino la capitulación de La Victoria como consecuencia de errores ya juzgados.

Monteverde traicionó villanamente á Miranda, quien misteriosamente murió en uno de los presidios de Iberia (La Carraca).

Otros de nuestros abuelos fueron al ostracismo á llorar la desventura de la Patria. . .

Otros, en fin, á habitar las bóvedas de La Guaira, donde con ceño adusto les mirase el carcelero de continuo.

Soublette fué una de estas últimas víctimas, casi por espacio de un año (1812–1813)

Después de tan largo sufrir recobró su libertad quien poco después reconociera á Bolívar como Jefe Supremo del cuarto movimiento revolucionario.

La expedición de Chacachacare (1813) calificada por algunos de «temeraria», contribuyó en mucho á templar las almas menos fuertes.

En balde hostilizó el Gobernador de Trinidad, Woodford, á los contados patricios que la compusieran.

Una vez más el pabellón tricolor volvió á flotar espléndido en nuestros empinados montes.

En cuenta Sonblette del feliz suceso, sin medir el peligro, á la lid, dijo, en tanto que el bélico estampido del cañón anunciaba como con lengua de profeta el advenimiento de toda una era de bienandanza.

A medida que crecían las dificultades en la penosa campaña, crecían también los bríos de la heróica juventud.

Aquellos imberbes guerreros llegaron á ser el triunfo mismo; mas, después de orlar sus sienes con coronas de mirto y de laurel, sintieron el frío de la muerte en la ensenada de Casacoima.

Soublette, que fuera uno de los del grito de redención en 1810, encontrábase con el Libertador en las márgenes del magestuoso Orinoco.

Los proyectiles del fusil enemigo cruzaban los aires en todas direcciones como ávidos de víctimas . .

El humo de la pólvora casi oscurecía el cielo, desde donde Dios bendecía á los legionarios de tan gloriosa cruzada.

Llegó un instante en que Bolívar no conversaba con su amigo Soublette: deliraba.

¡Quien se encontraba en peligro de muerte le hablaba á sus subalternos de la libertad de Colombia!

. . . .

. . . .

. . . .

Soublette, Anzoátegui, Arismendi, Briceño y demás compañeros de armas, tenían tanta fe en la causa que defendían, que en Casacoima mismo celebraron los triunfos que acariciara el volátil pensamiento de Bolívar. (1817)

El SUBLIME LOCO levantó el campo junto con

los pocos soldados que juraran morir donde él muriera.

«A los dos meses Bolívar había tomado á Angostura;

Dos años después la Nueva Granada le aclamaba vencedor en Boyacá;

Cuatro años más tarde destruye en Carabobo el ejército de Morillo;

A los cinco dá libertad á Quito;

Y al cabo de los siete sus victoriosas banderas ondeaban sobre las altas torres del Cuzco.»

Cuánto prodigio!

Ninguno de los grandes Capitanes, inclusive Napoleón, llegó á leer en el porvenir como Bolívar.

Pocos años de constantes afanes bastaron á realizar en todas sus partes el atrevido plan militar concebido por el Libertador debajo del histórico Castaño del Marañón.

¡ Nunca estuvo Colombia más segura de un dilatado porvenir que cuando SOÑABA BOLÍVAR!

Ahora, si el patriotismo vacila en Casacoima, por muchos años más habríase prolongado la perseguida independencia Colombiana.

Pero nó; la talla de la juventud que floreció al espirar el siglo pasado es talla de gigantes.

Sin el apoyo de aquellos titanes Bolívar habría sido un planeta; con el concurso de tantos cuerpos luminosos fué un Sol de primera magnitud.

Esta es la verdad histórica, por más que se nos califique, si nó de enemigos de tan grande hombre, por lo menos de *mal agradecidos*.

Los Andes sí fué el *Monte Sinaí* desde donde se destacó Bolívar con magestad olímpica entre relámpagos de gloria.

Soublette, como todos aquellos que hicieron la penosa travesía, no ignoraba el papel que tenía que desempeñar en la trajedia que se representaba.

Por eso desde muy joven solicitó un puesto en el ejército que había de vencer á los vencedores de las huestes napoleónicas.

Y el amor de los suyos, y el calor del hogar, y sus riquezas materiales, y su vida misma, todo, todo lo pospuso ante los ineludibles deberes que tenía que cumplir.

Cuenta la historia que fué el Jenofonte de Ocumare, (1816), el Leonidas de Boyacá, (1819) y el Arístides de la República (1843–1846).

La tradición nos refiere que el Generalísimo le honró con el nombramiento de Secretario Militar. (1811);

Que el General Ribas le distinguió con igual nombramiento en vista de sus múltiples aptitudes (1814);

Que algún tiempo después Bolívar le nombró su Jefe de Estado Mayor General (1818);

Que el mismo Bolívar no vaciló al colocarle en su frente la corona de inmortales que le ofreciera la ciudad de Bogotá;

Que sus consejos eran acatados por el Libertador;

Que era un sabio del tamaño de aquellos de la vieja Grecia;

Que no hay un palmo de tierra donde no librara una batalla;

Que en los Congresos vibró siempre su elocuente y vigorosa palabra (1830–1860);

Que como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en varias Cortes de Europa, supo competir con los diplomáticos de más nombradía (1835–1836);

Que fué virtuoso hasta destacarse inmaculado entre todos sus coetáneos;

Que la ingratitud de sus conciudadanos lo condenó á un destierro de diez largos años, (1848–1858) á él, que jamás se extravió de los estrados del deber;

Que con santa humildad, exclamó al regresar del ostracismo: «algunas faltas he debido cometer cuando mi Patria me ha castigado: si algo valen mis palabras, os encarezco la unión entre todos como hermanos y la obediencia al Gobierno»;

Que murió pobre, en fin, (1870) no obstante haber servido en su larga y brillante vida pública los más altos y honoríficos destinos.

Empero, todos esos títulos juntos no constituyen la mayor gloria del General Carlos Soublette.

El héroe y el mártir tiene una página en la historia de su vida que supera en mucho á aquellas que registran sus grandes hechos: haber sido calumniado por quienes no alcanzaron á comprenderle . .

Los hombres que iniciaron las guerras civiles son los que trataron de proyectar sombras en el cielo de la inmortalidad donde viven los Padres de la Patria . . Insensatos . . .

El nombre de Soublette, que es una epopeya, está canonizado por la posteridad.

La tiranía pudo acallar la voz de los venezolanos para que no entonaran himnos de amor y gratitud á los dioses que se fueron: bien.

Pero el día de rehabilitar la memoria do nuestros mayores había de llegar, y llegó.

La demolición de los ídolos que reverenciaba el personalismo levantó de sus tumbas á los olvidados redentores.

Tan es así, que la estatuaria ha sido ya decretada para muchos de nuestros héroes muertos, que son los que tienen derecho á ser contemplados por el tiempo.

No será mañana, nó, la inauguración del bronce que habrá de perpetuar la venerable memoria de Soublette: no importa.

Pocos son los días que faltan para que la Nación cumpla el grato deber de celebrar el primer centenario del Ciudadano Esclarecido, General José Antonio Páez.

Ardiendo en patriótico entusiasmo, saludaremos entonces á los dos monumentos que han de servir de noble estímulo á las generaciones venideras.

Entre tanto, sepamos esperar los albores del gran día.

Caracas:—15—12—89.

CESAR CONTO

Colombia está de duelo!

En extranjero suelo acaba de morir uno de sus hijos más preclaros.

Guatemala la hospitalaria cumplió un triste deber: cerró los ojos del perseguido batallador.

De padres distinguidos nació Conto en el Chocó, ciudad del glorioso Estado del Cauca, el dia 18 de enero de 1836.

Desde muy joven comenzó Conto á estudiar en uno de los mejores colegios de Cali, recibiendo en Bogotá el grado de Doctor en Jurisprudencia.

Ya Doctor, se distinguió en el foro como muy pocos, doblando cuando pudo la vara de la justicia, *no en favor de la dádiva, sino de la misericordia*: era de la escuela de Cervantes.

Su carrera política fué un camino de triunfos.

Joven, muy joven, ya era conocido de todos sus compatriotas.

El año de 1860, y el día 8 de mayo, se puso de pié el gran partido liberal colombiano.

Conto luchó en los campamentos, durante tres largos años, *sufriendo como mártir y distinguiéndose como héroe.*

En CALI fué hecho prisionero, después del combate de «Los Cristales», donde murió uno de sus más queridos hermanos.

«Era el redentor de los siervos de la ignorancia; el amparo de los que sufren hambre y sed«, según Jorge Isaacs, el ya célebre autor de la inmortal MARÍA.

«Su prestigio había llegado á tal punto, que su nombre era una amenaza constante para el *conservantismo*.

El partido liberal pensaba en él para otorgarle el título de Primer Magistrado de la República» (M. Garcés.)

«El odio que es la pasión de los cobardes, ni la envidia, torcedor implacable del hipócrita, hallaron jamás cabida en el alma de César Conto» (Wenceslao Rengifo.)

«Había en él dos naturalezas: una que pudiéramos llamar anglosajona, serena y fría, aunque en ocasiones tormentosa; y otra meridional, ardiente y áerea» (C. N. Rosales.)

«Sirvió á su Patria por más de 30 años, y todos sus muchos merecimientos no le ahorraron el dolor de morir lejos de Colombia» (José A. Llorente.)

«Por sus manos pasaron cuantiosos caudales, y á poco tiempo, cuando la Patria lo llamó á prestar sus servicios en el extranjero, el vencedor en el CAUCA tuvo que vender objetos de su uso personal para los gastos de viaje» (Emiliano Santofimio.)

«Conto hizo de la prensa, ese nuevo poder de las sociedades modernas, el Pedestal de su gloria. *El Programa Liberal* y *El Liberal*, fueron el arma noble que esgrimió en tiempo de paz contra el enemigo común» (Pacífico Rivera G.)

«No creemos que los hombres sean necesarios siempre; pero sí creemos que son necesarios algunas veces. Se nos antoja suponer qe la Revolución de 85 no habría tenido en el Cáuca un desastre tan espantoso, si á su cabeza hubiera marchado un Jefe de prestigio como Conto» (C. A. Quijano.)

Y el inspirado vate O. Sánchez N., como la tórtola herida por la bala del cazador, le dijo su adios, así:

«Al hacer comentarios de tu muerte
Se siente indignación más que tristeza,
Pues una vida, cual la tuya heróica,
Ha debido acabar de otra manera.»

Los Centros liberales de Bogotá, Antioquía, Boyacá, el Cáuca, Cundinamarca, Santander y Panamá, también se asociaron en términos sentidos al justo duelo del pueblo de Colombia.

La Universidad republicana, los Colegios, y la prensa de la Nación vecina, han llorado á manera de diluvio, la irreparable pérdida que acaban de sufrir.

Y ¿quién era Conto?

Vamos á decirlo en dos palabras: UN LIBERAL.

En su enlutada Patria desempeñó más de un puesto honorífico.

Fué Juez, Magistrado de la Corte Suprema, Diputado y Senador á la Legislatura Nacional, Presidente del Estado Soberano del Cáuca, Cónsul General en Lóndres, Representante al Congreso Postal Universal de Lisboa, General, y no de esos que no saben como silban las balas, Secretario del Tesoro Nacional, y por último, pobre, tuvo que apelar al ejercicio del profesorado.

Escribió, además, muchas obras, y redactó periódicos verdaderamente revolucionarios.

Ahí están el «Robertson Italiano», sus «Apuntaciones sobre la lengua Inglesa», su tomo de poesías editadas en Lóndres, y muchos otros trabajos más, que ¿para qué enumerarlos?

A más de militar, fué político; á más de literato, todo un hombre científico.

Y no se crea, no, que su inteligencia fué una inteligencia superficial.

No: Conto era un sabio, un sabio en el sentido genuino de esta palabra.

Amaba la instrucción, y la amaba con delirio, por los hijos del pueblo.

Una ocasión le pidió Isaacs unos tantos pesos para ensanchar el campo de la Instrucción Pública.

Conto le dijo al cajero respectivo: *déselos inmediatamente y olvídese de que yo percibo un sueldo.*

También fué un héroe: lo probó en los campos de batalla de LA POLONIA y LOS CHANCOS.

El 76 se alzaron los conservadores, y fué entonces cuando le dijo á uno de sus generales en el calor de la pelea: *para vencer á nuestros enemigos tenemos la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza.*

Efectivamente, en aquella época memorable, él que era Gobernador del Cauca, salvó la paz nacional.

Muchos otros hechos pudiéramos citar del héroe y del sabio, más, ¿para qué?

¿No sabe todo el mundo que César Conto fué un genio, un genio que no cabiendo en la vida se durmió bajo las alas de la muerte?

Silencio, pues, en torno de esa tumba . . . .

La juventud venezolana hace suyo el duelo del partido liberal de Colombia.

Los Contos no nacen todos los días.

Imitar las virtudes del varón fuerte, del que supo sufrir y no abdicar, es honrar á la Patria.

El Valle:—10—29—91.



LETRAS PATRIAS

Como nos encontramos en pleno carnaval literario, nada de particular tiene que con máscara y todo nos ocupemos del primer poeta de la América latina.

Bien sabemos que nuestra pedestre pluma debiera enmudecer ante la ciclópea figura que reverencian los clásicos modernos, pero la admiración que nos inspira el afortunado compatriota nos hace dar este atrevido paso.

Con pié de plomo nos iremos en esta ocasión, como que no es lo mismo juzgar á uno de esos trovadores noveles, que tener que vérselas con el maestro de todos los maestros.

Ya sabrán nuestros lectores que nos referimos al señor Delpino y Lamas, bardo laureado por la Juventud de Caracas, hace siete años.

El bellísimo *soneto estrambótico* del aplaudido autor, que copiamos á continuación, es un simple reflejo de su estro divino.

MI PALOMA

Flor que trasciende lo atrae, con luz, sombra
do el ave ella desprecia el tierno arrullo
por la luz del Sol, acepta el cocuyo,
semilla le da, de flores alfombra.

Grandezas del poder que el viento escombra
y apaga, luz que inspira en el orgullo
cuando atrae y espanta la sombra, en cuyo
caso es mi Paloma que el mundo nombra:

Eclipsando al Sol, luna sin reflejos,
le mira envidia y otros ojos fijos
con lágrimas la flor, ver cuando asoma.

Sombra de sus alas y vé en espejos
fatales desengaños con sus hijos! . . .
Con Dios hallará entre fragante aroma.

Un angel mi Paloma
que ocupe el vacio en nubes su ausencia,
de seres la tierra que ama en la esencia.

¿Cómo es posible escribir un poema de amor del tamaño del que antecede tan solo en 17 pastoriles versos?

¿Cómo creer que el hombre que creció en los campamentos arrullado por el estampido del cañón, sea el mismo que nos arrebate con los acordes de su arpa?

¿Cómo explicarnos que lejos de ser Delpino el épico Homero, cante como Virgilio, el ruiseñor de Mantua?

¡Misterio incomprensible que nuestra razón nunca llegará á averiguar!

Pero no es esto todo: el hijo de El Avila escribe sus *metamorfosis*, no como las escribía Ovidio, de tarde en tarde, después de haber pensado mucho y corregido mucho más, sino al correr vertiginoso de su pluma.

Y nadie hasta hoy puede gloriarse de haberle corregido siquiera un acento rítmico.

«Mi Paloma» es, sin duda, un rayo de luz escapado del cerebro de Delpino, Sol que alumbra á toda una generación.

No es la gota de rocío que tiembla en el cáliz de la amapola, ni el murmurio triste de las aguas de la cascada.

No es la postrera canción de la herida golondrina, ni el susurro del viento en el ciprés.

No es el vaivén de la navecilla que desde la playa se vé, ni el eco lastimero del hachazo del leñador que desde lejos se oye.

Nada de eso es el regio estrambote del señor Delpino y Lamas.

La sublime poesía del reformador de la literatura nacional solo es una queja de su alma adolorida.

Y es que lleva Delpino dentro de su noble pecho un corazón de atleta y de niño á la vez.

Cuando se trata de la Patria es capaz de competir con Meneceas; cuando se trata del dolor, con Jeremías.

He ahí la doble fisonomía del poeta.

Cuando ríe es así como ríen las vírgenes; cuando llora, es así como llora la madre que besa la frente de su hijo enfermo.

No puede acusársele con justicia, de haber sido nunca ni Heráclito, ni Demócrito.

El uno lloraba por no reír, el otro reía por no llorar: ambos eran desgraciados.

De Miranda dijo Michelet, que había nacido para el martirio: Delpino nació para la gloria.

Venezuela toda así lo comprendió; por eso el 85 no vaciló en proclamarle inmortal.

Sinembargo, uno de esos literatos de arrabal llegó á aventurar el siguiente juicio: «Delpino, como Musset, con la copa rebosante de espuma en la trémula mano, con la fiebre del deseo en los ojos, y el hielo de la muerte en el corazón, es algo menos que el "Angel Caído" de Milton, y algo más que el Adán del "Diablo Mundo," de Espronceda.

Delpino como Musset formó escuela: era impo-

sible que no la formara, siendo como es su divisa la franca alegría de la bacanal.»

Esta es una blasfemia, que si no amengua en nada la reputación literaria del señor Delpino, debe apresurarse á recogerla el autor, siquiera por respeto al mundo de las letras que ha fallado ya.

El señor Delpino es un hombre sobrio: esto no lo ignoran aquellas muchas personas que se honran con su valiosa amistad.

En sus obras, por otra parte, jamás ha campeado nada que tenga relación con el amor libre, ni con la vida desordenada de los estudiantes, que es precisamente la vida de la orgía.

Bien sabido es que Delpino no se destaca en sus composiciones como poeta romántico, escuela que convida á los placeres, sino como vate clásico, que invita á la meditación.

Hay más; siempre ha sido muy cuidadoso en la forma, sin sacrificar ésta al fondo, ni éste á aquella.

Sin ir muy lejos, en la misma «Paloma» abunda esa filosofía ecuestre que el mismo Campoamor ya ha tenido ocasión de aplaudir.

«Eclipsando al sol, luna sin reflejos
le mira envidia y otros ojos fijos
con lágrimas la flor, ver cuando asoma.»

El sol está eclipsado; la luna no tiene reflejos, le miran con envidia, y otros ojos fijos, tal vez vertiendo lágrimas, ven la flor que nace vestida de rocío.

He aquí el bien y el mal, la lucha eterna de la humaninad.

Los niños que ven abrir el cáliz de la flor, son-

ríen, como que están en la mañana de la vida, los ancianos lloran, pues les viene á la mente los recuerdos de la pasada juventud.

Estos versos metamorfósicos bastan á defender al señor Delpino de todos los disparos de la envidia.

De rodillas, pues, literatos de arrabal!

La Guaira — 6 — 15 — 92.



EL AVARO

—

A J.ª A. Pérez Bonalde

I

Según cualquier diccionario de la lengua, este desgraciado es aquel mortal de apetito desordenado por adquirir y conservar riquezas.

Bien; mas tal definición, sinembargo, no es el retrato del avaro y ni siquiera su imperfecta caricatura.

El avaro es un mar lleno de peces pero sin un solo pescador.

Un espejo donde nadie se puede ver por estar vuelto á la pared.

Un ciego con las llaves de la biblioteca de Alejandría.

Una casa en ruina donde se alzará un templo ó un lupanar.

Un areolito que vemos brillar un instante; pero que un minuto después nadie se acuerda de él.

Una pesadilla para todos los proletarios.

Un sér que imita á los mendigos en tanto que los pobres imitan á los que tienen algo.

"El hombre que no posee lo que tiene, sino que lo que tiene lo posee á él,"

La araña que teje la red que le ha de servir de cárcel y de tumba.

La abeja que acumula almibar para el zángano.

El que no sabe ler pero sabe contar: el que vela, porque no puede dormir.

El que atesora, según Aristóteles, como si hubiera de vivir eternamente.

El que bebe agua bendita y especula con niños, mujeres y ancianos.

El que vive en la sociedad, pero con quien la sociedad no vive.

El que así que espicha, en fin, no tiene quien le ponga una cruz en su sepulcro.

El suplicio del avaro, dice Tremblay, sería ver el uso que sus herederos hacen de sus riquezas.

Y Oxenstiern, agrega: el arca que el avaro ha hecho de su tesoro, es á la vez su paraíso y su infierno.

Empero, nadie los ha apreciado mejor que Sanial Dubay, cuando dijo: la vida del avaro es una comedia en que solo se aplaude la escena que la termina.

En efecto ¿quién no aplaude la muerte de uno de estos *lecheros*? (*)

II

Señores avaros: ¿ustedes no saben que el objeto de la vida es gozar?

¿Ustedes no saben que se van á morir sobre un colchón de tiras de papel, como el calavera de Matamoros?

¿Ustedes no saben que ni Sotero Sojo les escribirá una necrologia, ni cuidará de sus tumbas?

(*) Vocablo nacional que expresa más que tacaño, agarrado y miserable.

No, ustedes ignoran todo esto, pues solo piensan en aumentar lo que tienen amasado con las lágrimas de unos, el sudor de otros y las privaciones de ustedes.

Y mañana, mañana, quién sabe cuánto trabajo nos van á dar buscando los dineros que dejan en las entrañas de la tierra !

Por Dios, señores, vístanse siquiera un día, miren que la Semana Mayor está encima.

La vida es corta: el flux no les cuesta más que 10 pesos, los zapatos B 8 y el sombrero, á lo sumo, B 5.

Fajardo, Altuna y Arévalo son los que venden más barato.

Si les parece, señores avaros, almuercen una vez, aunque sea en el «Hotel Klind», que el cubierto ápenas importa ocho míseros reales.

A darle fresco á la plata, pues, amigos, que Sotero Sojo les va á echar más de una palada de tierra en la boca y no van á poder ni protestar siquiera.

Caracas: 27—8—1891



TIENE QUE DECIR ALGO

—

A Potentini.

I

Debajo de la Ceiba de San Francisco, si mal no recordamos, Don Anselmo y Don Juan, (que no son académicos) entablaron el diálogo siguiente:

A—El agua de la elocuencia nos da á la cincha: ya no hay quien cargue los hierros.

Aquellos buenos tiempos de Atenas y de Roma los miramos como quien ve llover.

J—Hoy día, en verdad, no necesitamos de vestidos prestados para ataviar las producciones de nuestro ingenio.

A—Sí; tenemos material para hacer edificios que abismarían á las mismas pirámides de Egipto.

Todos somos escritores, oradores, sabios y ¡de qué talla!

La sociedad en que vivimos así lo ha querido, sea!

Adelante, pues, adelante, que nada será bastante á hacernos descender de las alturas que dominamos.

J—Poco á poco, hermano, que si es verdad que somos dos personas que estamos por encima del nivel común, también es verdad que *lo sublime linda con el*

ridículo, siendo éste peor que el suplicio de Tántalo.

A—No digo lo contrario, no; mas ¿acaso nos son desconocidos los clásicos profanos y de la Iglesia, los hechos de los grandes capitanes y hasta esos cuentecillos colorados, hijos de la ardiente imaginación de Quevedo?

J—Sí; pero así y todo, no podemos decir *resto*, porque la sabiduría consiste, antes que todo, *en conocernos* á nosotros mismos.

A—Tienes razón; por eso son contadas las veces que desafina la gente discreta.

Yo he observado, sí, yo he observado los desatinos en que han incurrido aquellos «que dicen lo que piensan pero que no piensan lo que dicen,» y sinembargo, me salí de cuerda: por fortuna, he sido expansivo con un amigo como tú. Sólo el que está arriba nos está oyendo. [Arriba de la Ceiba no sabemos qué cosa hacía una persona].

J—Hoy mismo, por ejemplo, está en Caracas en auge el ridículo; de tal suerte, que no hay reunión donde dejen de oirse las palabras «tiene que decir algo.»

A—Y quién las profiere primero?

J—Quién ha de ser . . . el patrón de la casa. Los congregados, si hay *chocolate* (*)

«Siguen el ejemplo
que Caracas dió»

Y qué resulta luego? que en la celebración de un matrimonio se han oído á dos oradores, uno hablando de la Biblia y el otro de Lagartijo.

También en almuerzos populares han menudeado los discursos; unos sobre David, su hijo Salomón, y otros referentes al laberinto de Creta.

A—Yo de mí sé decir que en nacimientos y

(*) Así se llama en la Capital el brandi del señor Hennessy.

bautizos he aprendido algo de astronomía y de historia griega.

J.—Y yo en la mansión de los muertos recibí una muy buena lección de patología.

Oye: el Galeno subió á la tribuna, se aclaró el pecho, acarició con el pañuelo su ancha frente, y mirando la caja que guardaba el cadáver de su cliente, exclamó conmovido: Señores: esta pérdida es tanto más sensible cuanto que fué un miserable orzuelo el que lo arrebató de entre nosotros . . .

Y ¿saben ustedes lo que es un orzuelo? pues no es otra cosa que un tumorcito inflamatorio, que se desarrolla en los folículos cebáseos, ó pilosos del borde del párpado y que, lo mismo que el forúnculo, toma su orígen en los folículos pilocebáseos de la piel......

El orador fué felicitado por el fúnebre cortejo que lloraba á mares, en tanto que los sepultureros se desmayaban.

II

Don Simón interrumpió el diálogo para hablarle á sus amigos de una cosa sumamente trascendental: de las inundaciones de Consuegra.

Caracas: 24—11—91





¡¡..........!!



Días tristes para la Patria fueron aquellos en que el General Guzmán Blanco dijo con Luis XIV: el Estado soy yo.

Días tristes, decimos, porque nada averguenza más á una nación como un tirano.

¡Muchos son los liberales que tienen que arrepentirse de haber acompañado en aquella obra al afortunado caudillo de la gloriosa Revolución de Abril!

El programa jurado en los campamentos había sido de redención: así debieron comprenderlo después del triunfo los heraldos de la heróica cruzada.

Erraron? Sí, por más que nuestro amigo Vargas Vila hasta cierto punto los disculpe, cuando dice:

«El despotismo de Guzmán Blanco ha sido el único despotismo fecundo en América.

«Oprimía, es verdad, pero así como oprime un ginete los lomos de un corcel indómito, al aire libre, al horizonte abierto, andando siempre, avanzando cada día, y sorprendiendo con un progreso al brillo de cada aurora.»

Empero, la fuerza, que es la negación del derecho, si despide alguna luz, no es la luz del sol del medio

día, sino una incierta é indecisa claridad como esas que se alzan en las tumbas.

No negamos que Venezuela le debe mucho, muchísimo á Guzmán Blanco, pero ésto no quiere decir que no estén justificadas todas las revoluciones que se le hicieron.

Después de haber perecido en las luchas armadas centenares de altivos ciudadanos, fué la prensa el látigo que flageló las espaldas del Dictador.

El Anunciador y *La Pluma Libre*, primero; *El Delpinismo*, después, y *El Yunque*, por último, marcan tres épocas de energías populares.

A la juventnd le tocó la gloria del martirio, robusteciendo en las prisiones su fe en el triunfo de la buena causa.

En vano los halagos de arriba trataron de hacer claudicar á los de abajo.

Al contrario: cada día crecía más el odio por aquel absolutismo tan sombrío.

¿Y dónde están, dónde, los abnegados compañeros de causa?

Telésforo Silva Miranda, Luis Correa Flínter y Lucio Villegas Pulido, ya no existen . . . .

A los demás les ha pasado lo que á los judíos . . andan errantes . . unos por extranjero suelo, otros en el suelo mismo de la Patria . .

¿Porqué les ha cabido en suerte nada más que sufrir?

¿Nacieron como los bueyes, tan solo para arar, ó es que se les proscribe porque sirven para algo?

Doloroso es decirlo, pero callar es imposible:— es que son astros de luz propia.

La pluma de Manuel Vicente Romero García tiene todos los matices crepusculares de esas hermosas mañanas de mayo, todo el ímpetu del mar embravecido.

Tomás Ignacio Potentini, aventajado discípulo de Montalvo, es un escritor fecundo, que derrocha por decirlo así, su talento, como derrocha cuanto centavo

cae en su mano: es el Córdoba de la literatura nacional.

César Zumeta es un veterano en las lides del periodismo: sus escritos llevan el sello de su carácter: la sobriedad los acusa á leguas.

Miguel Eduardo Pardo, enamorado de las letras, desde muy joven, no es ahora cuando viene á escribir: nació para la lucha y es un escritor de estro vigoroso. Su última obra «Viajeras» es un lijero esbozo de sus demás producciones.

No mencionamos á los demás amigos y compañeros de lucha, por dos motivos:

1º Por no incurrir en una omisión involuntaria que nos haría colocar al nivel del egoísta, ó del mezquino.

2º Por ser las personas citadas las únicas que sepamos nosotros que han publicado libros, viendo con desdén el desdén con que son vistos éstos por aquellos que debieran alentar el noble esfuerzo.

A no ser, pues, que las razones expuestas nos coaccionan de tal manera, con mucho, con muchísimo gusto haríamos desfilar, uno á uno, á todos esos campeones de la libertad, á quienes la Patria les tiene reservado un no lejano y venturoso porvenir.

Días mejores vendrán para los que *vendimos al crédito*: entonces nos volveremos á reunir.

Entonces, sí, entonces volveremos á ser felices.

Entonces recordaremos nuestra pasada alegre vida de bohemios.

Mientras tanto, tomémonos un *chocolate*.

Caracas: — 28 — 12 — 92.



EN EL CEMENTERIO

A Don Simón.

Era la hora en que los pájaros vuelan á sus nidos con el ala fatigada, tristes los ojos.

No embalsamaban el ambiente las ya marchitas flores que manos piadosas depositaran en las solitarias sepulturas.

El susurro de la brisa se oía como un quejido en el follaje de los pinos . . .

La imponente quietud de aquel recinto sagrado convidaba á la meditación.

Mar de lágrimas parecía la mansión de los muertos, donde se veían como flotar las cruces sepulcrales!

Cuánta melancolía!

Bajo el ramaje de un ciprés secular platicaban dos viajeros que la casualidad había reunido en medio de tantas cenizas queridas.

¡Los postreros resplandores del crepúsculo se hundían en Occidente . . . !

De luto principió á vestir la tierra, en tanto que en el cielo aparecían las estrellas precursoras de la noche . . . .

¡Qué de abrumadores recuerdos de otra edad

más feliz despertaron en nuestra memoria al evocarlos!

Y aquellos dos hombres, iluminados por las amarillentas luces que se alzan en las tumbas, parecían dos espectros!

Ciego era uno, como Homero; el otro veía hasta en las sombras, como Tiberio.

Si el primero era un sabio, el segundo tenía en el más triste concepto las leyes morales que rigen el Universo . . . .

. . . .

El ciego suspiró, exclamando en seguida:

—Creo firmemente que la salvación de los culpables está en razón directa del arrepentimiento y de la expiación.

—Yo pienso lo contrario, agregó el otro: creo que la salvación de los delincuentes depende hoy día de los medios de que dispongan para sustraerse á la acción de la justicia.

—¿Y es acaso la impunidad la que perdona la falta cometida, redimiendo al que yerra y llevando la paz á su conciencia?

—Podrá no ser así, pero como todo termina con la muerte, delinquir y no ser castigado, siempre es una felicidad . . la salvación misma . . .

—Porque gozas de buena vista te imaginas que ves claro, cuando estás ciego . . .

—Ciego yo! y lo afirma quien no ve . . .

—Sí, recuerda la máxima cristiana . . son muchos los que como tú *tienen ojos y no ven.*

. . . .

La campana de la vecina ermita llamaba á la oración, y nosotros nos alejamos pensando que el ciego *veía.*

Caracas: —16—2—94.



RECUERDOS

—

A Amable Sáez.

—

La vida del viajero es vida de gratas impresiones.

En el mar, como en las tierras desiertas, en las bulliciosos ciudades, como en los callados caseríos, encuéntrase el caminante con algo que conmueve agradablemente su espíritu.

Hasta los percances que se sufren en esas improvisadas caravanas tienen no sé qué de poético que encanta.

Por eso siempre recordamos con placer el día que el noble bruto nos enterró en uno de los hoyos del camino, ó la noche qne un amigo de lo ageno se llevó de la posada nuestra cobija.

Mas, nada es comparable á las fruiciones que se experimentan en las lejanías de las montañas.

¿Quién es aquel que no ha gozado, siquiera un solo día, de los inocentes placeres de la vida campestre?

¿Quién, con su escopeta al hombro, no le ha dicho adiós á la augusta señora de El Avila, en esa hora en que duerme envuelta en vaporosa gasa de niebla?

Quién no ha abandonado su lecho tan solo por bañarse en el fulgor de las estrellas, precursoras del día?

Muchas, sí, son muchas las personas que han ensayado trepar nuestros empinados montes y oído el ladrido de los perros en la espesura, junto con las primeras canciones de las aves, al despertar.

Muchos son los que han visto juguetear la brisa matutina en el follaje de aquellos que se yerguen altivos chaguaramos, custodios orgullosos de las vegas del sur.

Muchos son los que de mañanita han contemplado el apacible Guaire mojando en sus mansas aguas los cañaverales que le escoltan como si fuera un rey.

Muchos son, en fin, los que han sido alertados por la aurora en el pintoresco paseo de Nicanor.

Más de una vez antes de menudear los gallos en las cabañas vecinas, hemos osado tocar á las puertas de aquel templo.

El frío, el frío nos impuso tamaña obligación, y hétenos aquí míseros profanadores de tan venerado santuario.

Un domingo de mayo, lo recordamos muy bien, no nos abrió Nicanor, por muchas razones; entre otras, por no hallarse en su delicioso Bosque.

Seguimos á la Roca Tarpeya, como quien va en pos de inspiración, y por toda *estufa* nos topamos aquí con un barrilito de guarapo de piña.

Era muy temprano para buscar un resfriado y continuamos la marcha tiritando, tiritando y ¿qué hacer?

Desde Las Palomeras divisamos una lucecita que pestañeaba desde lo alto de una empalizada.

Tenía aquel pobre candil algo de parecido con el último suspiro de un moribundo.

Ya sabrán ustedes que era en la casa de don Hipólito donde brillaba aquella como luz de cocuyo.

Del corral que dá al fondo de dicho establecimiento sacaban una punta de ganado.

—El dueño de la tienda está aquí? le dijimos á uno de los llaneros que conducían las reses.

—No, respondió el hijo de las pampas; ese señor duerme en la *ciudá.*

—Adiós, pues, y que la peaña de San Miguel lo acompañe, amigo.

¡Cuánta ilusión desvanecida!

Pasamos por El Rincón como quien pasa por delante de un cementerio ó algo así.

No nos detuvimos en el simpático pueblo de San Andrés, pues sus pacíficos moradores entienden por madrugar levantarse después de las ocho.

Y el frío apretaba más y más y ni en lontananza columbrábase un traguito de nada!

A Conejo Blanco! exclamamos, por más que la voluptuosa magestad de la Naturaleza convide á una porción de cosas buenas.

Y seguimos cari-tristes andando un rato, caminando otro y refiriendo anécdotas del caso, como que no íbamos solos.

Muchas fueron las veces que nos reímos de nuestra imprevisión, desde luego que no se concibe que tan temprano se ande *desarmado.*

En Coche, á Dios gracias, un buen anciano tuvo piedad de nosotros y nos ofreció la encabullada tapara de su uso.

Al instante volvió el calor á nuestro cuerpo como por vía de encantamiento: así era de estomacal lo que libáramos.

La humilde choza de aquel honrado padre de familia parecía un nido de palomas: tal era de sencilla, de bonita y de feliz.

La paz, si la paz existe, toda, toda estaba allí: los padres enamorados de sus hijos; los hijos amando con el alma á sus papás.

Repetimos el trago y, no habíamos llegado á Conejo Blanco, cuando el Oriente empezó á colorearse de púrpura y de oro, mientras aparecía como un Dios el Sol entre irisados arreboles.

Qué mañana tan fresca!

Evocando gratos recuerdos nos dimos á caminar por aquellos cerros alfombrados de verde, donde abunda el tomillo y crecen esbeltas las palmeras.

Los labradores cruzaban en todas direcciones, silenciosos los unos, con su hoz en la mano los otros, murmurando uno de esos sublimes cantares que no se oyen sino allá en nuestras tupidas selvas y dilatadas llanuras.

Qué mañana tan fresca!

Acariciados por el ambiente que olía á jardín, naranjos y limoneros casi nos preguntaban con malicia ¿vienen á cacería?

Qué diablos . . Sí, íbamos á cacería, pero las presas mayores y menores tuvieron á bien no dejarse ver la cara.

Venados ni lapas, cachicamos ni nada que tuviera á tiro de nuestra escopeta! . . .

Por el cielo vagaba una que otra perezosa nube sin que se viera flotar en el espacio ni una sola torcaz.

Laureles fuimos á buscar para nuestra frente en aquellas soledades y ni una sola ardilla traveseaba en las ramas de los seculares árboles.

De improviso comenzó á lloviznar, á llover, á llover mucho.

Si los relámpagos encandilaban, los truenos ensordecían: dicho se está que contramarchamos sin disparar la vírgen escopeta.

Aquellos que saben lo que es una de estas derrotas, ya sabrán también que fuimos á parar á la pajiza blanca casita donde pocas horas antes paladeáramos el néctar de los dioses.

Y así mismo fué: el mejor de los cultivadores de la tierra nos recibió por segunda vez como si fuésemos de la familia.

Demás está decir que la depositaria del brandy nacional volvió á nuestras manos una y otra y otra vez.

Departimos un rato con el providencial amigo acerca del campo y sus costumbres, y oímos de aque-

llos labios que no podían mentir cosas, que sabían á los mejores tiempos de Abraham.

¡Qué bueno es vivir donde el artificio no se conoce, donde el oropel no triunfa, ni tienen palmas los vicios!

De buenas ganas nos habríamos quedado más tiempo en aquella tranquila mansión, á no ser que se nos invitara con instancia á un joropo en Coche.

Estrechámosle la callosa mano al honorable patricio y . . aquella despedida parecía que fuese más bien á orillas del mar y en una de esas tardes melancólicas.

Así fué de sentido aquel adiós.

. . . .

No hay quien ignore que nuestras campesinas orquestas se componen de tres instrumentos: arpa, guitarra y maracas.

Esto fué, pues, lo que hallamos en el rancho; ¡y cómo era de celestial aquella música!

Más de una docena de hermosas indias escobillaban, ya en brazos de sus parejas, ya sueltas, en tanto que el maraquero cantaba versos que iba improvisando, alusivos al jolgorio que se celebraba.

Cualesquiera de esos poetas clásicos de la Madre Patria habría quebrado su lira al ver á aquel hombre de alpargatas, sombrero de cogollo y camisa por fuera, cantando en el idioma de los pájaros.

Cesó el primer són y nos acercamos á la lata de chicha, refresco que nos fué ofrecido en una totuma labrada.

En tanto que unos comprometían la próxima pieza y otros comentaban la que acababa de tocarse, nosotros examinábamos cuidadosamente todos los muebles que adornaban el alegre rancho.

Dos largos bancos, cuatro butacas de cuero, una mesa de pino con dos botellas vacías haciendo de floreros de dos improvisados ramilletes, y una repisa sosteniendo una vela de sebo, era todo el ajuar de la sala.

La otra pieza hacía de dormitorio y de cocina.

Allá junto al techo veíase una cómoda troja con su correspondiente estera de fibras de banano. ¡Qué cama tan buena!

Acá en el suelo, miránbanse tres palos amarrados por la mitad con un bejuco, y luego separados entre sí, sujetando un bernegalito. Una olla sobre tres topias, un barril con agua, algunos platos y otros corotos en un cajón, un banco de tronco de bucare, una laja, un calabozo y un chinchorro colgado no muy alto.

Algunas plantas medicinales y aves casersa contamos en el cercado, pero lo que nos sorprendió agradablemente fué ver á poca distancia la histórica casa donde se firmara el célebre tratado de 63, que selló el triunfo definitivo de la Revolución Federal.

Aunque por ser día de fiesta no estaban moliendo en el trapiche, esto no fué bastante á impedir que se vieran por los sembrados, mujeres, aradores y aquellos segadores de las cañas.

El aspecto de las sabanas que el día anterior surcaran los sufridos bueyes no era el de un erial, sino el de una como sala de baile.

Tal era de bonito el paisaje que ofrecían aquellas, aquellas bendecidas tierras.

Dilatábamos nuestras pupilas en la contemplación de tanta belleza, cuando, venga á acá—nos dijo una de las graciosas indias que danzaban—Usted no ha bailado y ahora lo va á hacer conmigo.

Ante la inesperada cortesanía de la tentadora labriega caímos de rodillas arrebatados por dulces, por dulces embelesos.

Ella, emocionada, nos tendió presurosa uno de sus esculturales brazos, (como que fué el derecho) y . . . . pocos instantes después zapateábamos como un profesor.

Era la primera vez que bailábamos joropo ¡imagínense ustedes si estaríamos en carácter!

El maraquero que nos extrañó al vernos en la sala, aclarándose el pecho, echó el resto: los capachos sonaban como si fueran perlas.

Allá van tres estrofas de las muchas que oímos transportados en vivo frenesí.

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí,
el último de mi madre
y el primero que te dí.

*

A un Santo-Cristo de acero
mis penas le conté yo,
¡Qué cosas no le diría
que el Santo-Cristo lloró!

*

Un beso le dí á una tumba,
la tumba me respondió;
¡Cómo no, si en ella estaba
la madre que me parió!»

Más de veinte minutos de locos devaneos y de vaivenes locos nos hicieran sentar.

Las vírgenes mejillas de nuestra pareja parecían una fuente; su acanelado rostro veíase teñido de uno como color de fresa.

Cada gota de sudor de aquel copioso que corría por nuestra frente era más ó menos del tamaño de un coco.

Así, pues, no era para seguir la espiritual diversión, y nos entregamos á requebrar á la sacerdotiza del campo, que bien se lo merecía.

La dijimos, en efecto, unas cuantas palabritas de esas que son para las mujeres como quejas de cisne: ella nos contestó con sonrisa de ángel y ahogados suspiros.

Es lo cierto que la dejamos contenta, y que nosotros nos fuimos á comer un costillar de maute y unos chicharrones entreverados, con su acompañamiento de guarapo y casabe.

Debajo de unos mangos estaban tendidas hasta doce hojas de plátanos: hé aquí la mesa y el mantel do descansaban las preciadas viandas.

Sacamos nuestra navaja (que el que no la lleva no come en estas parrandas) y principiamos á hacer por la vida.

Todo estaba exquisito. Baste decir que en el Delmónico de New York no se almuerza ni tan sabroso, ni tan barato, ni tan al aire libre.

Luego que terminamos siguió la música poblando de armonía el rústico palacio, exaltando la fantasía de los unos y olvidando las penas de los otros.

Qué edén ni qué diablos!

Las horas que pasamos en aquella morada corrieron veloces.

El sol le daba las buenas noches al mundo desde su alcázar de Occidente en los momentos mismos en que le echábamos mano á nuestra escopeta y nos despedíamos de tanta, de tanta ventura.

No podemos resistir la tentación de copiar aquí los siguientes cantares populares, que si no fué en Coche donde los oimos, en alguna parte debió ser:

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.

Para divertir su afán
cantaba á su reja un loco:
«Unos estamos por poco
y otros por poco no están.»

El que bebe agua en tapara
ó se casa en tierra agena,
no sabe si el agua es clara
ni si la mujer es buena.

Cuando estoy á solas lloro,
en conversación me río;
con mi maraca en la mano
divierto los males míos.

—

Estuve en el purgatorio
mirando todas las penas
y supe que por amor
ninguna alma se condena.

—

De Chaguaramas abajo
todo el mundo me respeta,
porque dicen que soy zurdo
y pego con la derecha.

Y esto punteado en una buena vihuela, y cuando es cualesquiera de nuestros rurales trovadores quien canta, sabe, ¿saben ustedes á qué?

Nó?

Pues sabe á gloria.

11—16—92.



ABELARDO GORROCHOTEGUI

La modestia es un atributo de los hombres que sirven para algo.—J. M. S. G.

Este afortunado mortal es todo un tipo, Abelardo, se entiende.

Nació en la tierra de los morichales, en Angostura, y casi no conoce á Ciudad Bolívar.

Desde muy joven comenzó á viajar por tierras propias y extrañas, no estudiando en otro libro que en de la Naturaleza.

Aún no había entrado en la pubertad cuando dió notaciones de su genio guerrero, artístico, poético y literario.

Sus buenos papás decían que él era el hijo cuya educación les salía más barata, pues á penas les costaba lo que cuesta un catón de San Casiano.

Y en verdad, Abelardo no calentó los asientos de las escuelas.

Estudió por su cuenta al aire libre, y, debido á sus heróicos esfuerzos, se hizo hombre.

Hoy no cuenta aún treinta años y sin embargo es todo un Coronel de la República.

En el arte pictórico es una verdadera esperanza de la Patria y en el género festivo, sobre todo, es uno de esos caricaturistas de los que *pican y dan carraspera*.

Ha sido por dos veces Gobernador del Territorio Amazonas, donde es generalmente estimado por sus correctos procederes; Cónsul de Venezuela en Barcelona de España; primer Jefe del batallón de voluntarios «Libertador»; Presidente de varios comités revolucionarios, de aquellos locales qne, en conexión con los de Caracas, una y otra vez propendieron al triunfo de las prácticas republicanas; en el Ministerio de Relaciones Exteriores ha desempeñado honoríficos cargos; mas, por encima de todo esto están las heridas que recibiera en los campos de batalla por combatir la autocracia en nuestros días tristes.

Diarista y poeta á prueba de bomba, goza de justa popularidad, y es tan conocido en todas las capas sociales como la misma ginebra del perro.

Ahí están *El Clarín*, *El Caroní* y *La Polémica*, que redactó en esta ciudad, donde le vimos de visera calada, hacer prodigios.

Por el primer periódico cinco conjurados trataron de asesinarlo en junio de 88, en una de nuestras principales calles . . .

Miserables . . .

Abelardo luchó como un titán con todos ellos, y, si es verdad que recibió un lanzazo en la cabeza, también es verdad que bañado en su propia generosa sangre, puso en vergonzosa fuga á aquellos criminales.

Y, á propósito de esto, no está demás que digamos aquí algo, si no del agrado del amigo, por lo menos del agrado nuestro.

Luego de haber ocurrido el desgraciado encuentro, una persona respetable se acercó á nosotros y nos dijo: "Ese hombre es una espada de dos filos, así maneja la pluma en la paz como el sable en la guerra."

A estas palabras contestamos que Abelardo era para nosotros una espada que no cabía en dos vainas.

Y en verdad, ¿cómo no creerlo así?

¿Acaso no le hemos visto más de una vez envuelto en el humo de la pólvora, al lado de aquellos que briosamente desafiaron las iras de la tiranía?

Por otra parte, ¿no fué de los pocos que en los clubs patrióticos, donde no llegó á cotizarse el miedo, así como era accesible á los buenos consejos, desde la tribuna dejaba oir su voz siempre persuasiva, cada vez que la pusilanimidad de unos ó la falta de fé de otros lo hacía necesario?

¿Desde la cárcel no alentaba á la juventud á seguir sustentando la idea revolucionaria por todos los medios posibles?

Y por último, ¿cuándo lució el sol del nuevo día ¿no le vimos á la altura del deber, ratificando en todas sus partes lo mismo que predicara en la adversidad con la altivez de su carácter?

Hemos triunfado, dijo, perdonemos á los vencidos; mas, no durmamos á la sombra de nuestros laureles, pues que la República necesita hoy más que nunca de toda nuestra actividad.

Ahí está el incansable batallador del tamaño que él es: ciclópeo.

Diligente, tenaz, heróico en la lucha; bondadoso, magnánimo y reflexivo después de la victoria.

Y á pesar de los pesares, no ha desmayado un solo instante en esa tónica, que es la tónica que señala á los buenos el VERDADERO patriotismo.

A más de ser todo lo que dejamos dicho, es Abelardo un buen novelista y uno de los más aventajados escritores de la nueva generación.

Tiene cuatro obras inéditas que no ha publicado tan sólo por falta de menudo, pero que ¡Dios ha de Quererlo! algún día volarán en alas de la fama.

Sin temor de equivocarnos podemos asegurar que así sucederá ¿por qué no?

El mérito intrínseco siempre ha triunfado de los que torpemente le han combatido.

La historia así lo demuestra, y ante hechos que no pueden desmentirse lo prudente es enmudecer, sí, enmudecer.

Bien, pues, los libros que tiene archivados Abelarbo hasta segunda orden; es decir, mientras mejora de fortuna, están recomendados de antemano.

7

Una novela netamente nacional (como la *María* del inmortal Isaac) un drama muy interesante de la escuela realista, un luminoso estudio sobre servicio militar y un curioso trabajo acerca de los indios del Alto Amazonas, componen la reserva de ese árbol que todavía no ha dado todos sus sazonados frutos.

Por no tenerlas á la mano nos privamos del placer de copiar aquí las aplaudidas composiciones de Abelardo, como la elegía á la memoria de su buena madre, Oración, *Ojos azules* y los sonetos *Las Queseras* y *España en Venezuela.*

Fáltanos decir, para terminar, que Abelardo es un gran pianista, un gran flautista y un gran guitarrista.

Y ¿no es verdad que es excesivamente modesto?

Con esto creemos haber terminado, dejando, á nuestro pesar, muchas cosas en el tintero, pues para muestra basta un botón!

Y si á álguien no le gusta el golpe, que le eche la colcha al arpa.

8—15—90.



ARTURO MICHELENA



Hace doce años que somos amigos de Arturo.

En Valencia le conocimos cuando á penas era un párvulo en el arte en que es hoy todo un hombre.

Con frecuencia visitábamos el humilde salón de estudio del amigo, y recordamos ahora con placer, que siempre le decíamos:

—Mira, chico, *tu reino no es de esta tierra.* (Venezuela); bate tus alas de águila y remóntate hasta el viejo mundo.

—Cómo?—nos contestaba suspirando.—¿No sabes que *con humo no se asa jojoto*?

Efectivamente: Arturo no tenía haciendas de cacao, ni de café: nació pobre!!! . . .

¡Cuántas veces dejó de llevar al lienzo alguna creación suya, tan solo por no tener unas *chivas* (*) con que comprar pintura!

¡Mísera humanidad! Otros tenían entonces para derrochar en bacanales lo que ningunos desvelos les había importado . . .

El excelente padre de Arturo, don Juan Antonio, que es un artista de tres bemoles,—créanlo ustedes,—en aquella época era un ruiseñor que no cantaba

[*] Así llaman en Valencia los centavos de nikel.

al aire libre, sino enjaulado: también estaba *limpio*!

Sin embargo, como lo que ha de suceder no se puede evitar, Arturo levantó el vuelo, al fin, y se perdió de vista.

De noche salió de aquí, amaneciéndole en la capital del mundo; es decir, en París.

Al llegar, fué abrazado por la gloria, que á poco se casó con él.

Los periódicos que nos llegaban de aquellas lejanías nos olían á laurel, pues todos traían un justo aplauso prodigado al amigo ausente.

Nosotros estábamos á oscuras, ni más ni menos que como el maestro de filosofía de *Los Pajes del Rey*.

Eso sí, no perdíamos la esperanza de ver aquí algunas de las premiadas obras de Arturo.

Un día llegó en que tuvimos ocasión de admirar *El Granizo*, obra maestra que, según los *doctos en pintura*, no tiene precio.

Somos profanos, sí, por si esta es la hora que no lo saben aquellas personas que estas líneas leyeren.

Ni cuando muchachos pudimos hacer muñecos en la pizarra, por lo que *dejaban* casi todo los días á nuestros compañeros de aulas.

Así lo sabe Arturo y, pues que tenemos ganas de desahogarnos, sí, esta es la palabra, allá van de una vez—¡apártense!—nuestros disparos.

Pues bien, sombrero en mano, hétenos aquí frente á frente á las guapas amazonas!

¡La soberbia concepción del paganismo, idealizada por un creyente convencido, es la glorificación de Arturo!

Con el pincel no se puede hacer nada que supere la heróica lucha que mira la humanidad con religioso respeto.

Cada una de aquellas mujeres es mucho hombre, como nos dijera una ocasión Pérez Bonalde, hablándonos de la Pardo Bazán.

¡Qué hembras tan al natural, qué hermosas, cuán interesantes!

Están desnudas á la cinta arriba, y por esto precisamente podemos apreciar mejor sus bellas formas.

El voluptuoso seno de las heroínas parece como que palpita, convidando al placer, si no fuera que dá miedo verlas armadas con la tizona del Cid (valiente anacronismo) y á horcajadas sobre indómitos caballos, como remedando á los bravos hijos de nuestras pampas.

La reina de la acción guerrera es Pentesilea, pero de seguro que allí están junto con ella Oritia y Miryna, y toda la demás familia.

¿Qué importa que éstas vivieran en otras latitudes? En la suprema hora del conflicto han podido muy bien reunirse, sí, sí y sí.

No podemos negarlo: estamos enamorados de las amazonas, y enamorados de remate.

Con gusto hiciéramos nosotros en la cruda pelea lo que la Legión Británica en el campo inmortal de Carabobo.

Ustedes no saben qué? Pues ir en ancas de los briosos corceles que corren hacia la victoria llevándola consigo.

¿Será que somos románticos? Nosotros no lo sabemos ni queremos averiguarlo.

Lo que hay en dos platos, es que esas señoritas amazonas son muy bonitas, y nada más. Sus caritas de cielo, francamente, no corresponden con ese valor que nos asusta, que, lo repetimos, nos dá miedo! . . .

Más, así y todo, nosotros nos casaríamos con cualesquiera de ellas, aunque después nos llevara el demonio.

Carlota Corday no tiene para nosotros nada más que un defecto: mató á Marat, al gran Marat que tantos esfuerzos hizo por la libertad del pueblo francés.

Y Arturo se antojó, sin embargo, de pintar á Carlota, y nada menos que en los momentos mismos

en que iba á pagar con su vida la falta cometida.

¡Quién había de creerlo! Arturo salió victorioso á pesar del ingrato tema en que se fijara su volátil pensamiento.

Felicitémonos, pues, porque á la verdad, abisma que nuestro artista haya hecho simpática á la que no supo nunca lo que era la sabrosa *Marsellesa.*

Vedle, allí va! . . . La muchacha camina hacia la muerte con esa serenidad de espíritu que da la convicción honrada, y como diciéndole á la victimaria cuchilla: ¿A mí qué?

Sócrates no se pegó el *palo de cicuta* con más sangre fría.

Carcelero, artista, verdugo, soldados, todo, todo está en su puesto, y hasta nos imaginamos que asistimos á la trájica escena que precedió á ésta, que somos también de los que estamos en lista, de los que hemos de sentir el frío del puñal en nuestras espaldas, tan solo por no transigir con los opresores de la tierra. La obra está ajustada á la verdad histórica, por una parte, y á todas las reglas del arte, por otra, como lo afirman los del oficio.

Y no morirá, nó, porque su autor es inmortal

La corrida de toros nada tiene que objetar, según la opinión de célebres maestros que en París la juzgaron.

No obstante no ser nosotros españoles, participamos, aunque no mucho, de esa bárbara manera de divertirse, que tanto nos recuerda la decadencia del Imperio romano.

Arturo, por Dios, no pintes un toro más, pues hasta cierto punto justificas el oscurantismo de otras edades, así como el delirio de la Madre Patria por los encierros en que son sacrificados los caballos, esos nobles brutos que tan útiles les son al hombre.

Pinta tigres, culebras y hasta petardistas, pero más toros, nó.

Colón, esa otra obra debida al pincel del insigne artista, ha llamado la atención de las personas inte-

ligentes que no le niegan al distinguido compatriota lo que Dios le dió: mucha sustancia gris.

Los ignorantes, que por fortuna son pocos, encuentran pobre la magnífica alegoría: ¿á qué no saben por qué?

Pues, por qué va á ser! Porque no hay potros *cerreros*, ni mujeres á medio vestir, ni sentenciados á muerte, ni toros que matan caballos, sino la severa figura de Colón, custodiada por el angel de la fama.

Radiante. con magestad olímpica, destácase el extraordinario genovés, como iluminado por relámpagos de gloria!

De mucho mérito nos parecen los cuadros de que nos ocupamos y eso que, como ya hemos dicho, somos miopes en aquello de colorido, líneas, medias tintas, luz, sombra, etc., etc.

Vayan nuestras felicitaciones al afortunado compatriota á quien fatigan los triunfos día por día.

A no ser por Arturo Michelena, habríamos quedado muy mal en Chicago, con motivo del Centenario de Colón.

Caracas: —6—3—93



ALMUERZO

Regio fué al que asistiéramos ayer!

Varios amigos del General Manuel María Bermúdez nos pusimos de acuerdo el sábado en la noche para decirle por teléfono: *espérenos á almorzar mañana.*

En efecto, no eran dadas las once del día siguiente, cuando ya nos encontrábamos en El Valle.

Unos tras otros, hasta nueve *lobos marinos* fuimos entrando ordenadamente á la casa de campo del amigo.

El saludo fué el de ordenanza: dicho se está que principiaron las copas preliminares á usanza nacional.

Los allí congregados hablábamos de literatura, cuando una vòz de mujer se dejó oir.

Era la cocinera que nos decía: *ya está*:

Nos sentamos, pues, quedando casi--casi en el orden en quedaron los de la cena apóstolica.

O en otros términos: cuatro por banda, ocupando uno de los extremos Don Simón, y el otro el señor Courlaender.

Sin cumplimientos, por cuanto que había eclipse

total de damas, cada cual era otro como señor de la casa.

Un magnífico aperitivo rompió los fuegos, y, en el centro de la mesa se fueron destacando por turnos y con gran magestad, una inmensa sopera conteniendo un bien hecho mondongo de pavo;

Una cochinita horneada, que pareciendo cachicamo, sabía á lapa;

Un lomo de ternera en salza, que olía á gloria.

Costillas asadas á la llanera, no se diga, y la mar de dulces, frutas, flores y *gin.*

A proporción que iba disminuyendo el soberano montón de cosas buenas, aumentábase la alegría en aquella casi improvisada parranda.

Llegada la hora de los brindis, el General Bermúdez ofreció el obsequio en honor de Don Simón.

Aquí hay que cambiar de tono.

Como en la cordial reunión habíanse dado cita, ya poetas de la vieja, como de la nueva generación, necesariamente tuvo que jugar garrote la poesía.

Y así mismo fué.

Don Simón correspondió á los necesidades del momento, leyendo unos alados versos suyos, llenos de inspiración, de filosofía, de arte; y sobre todo, de verdades.

Bermúdez produjo en seguida un canto precioso, que es al mismo tiempo la apología del río de El Valle, (llamado el Leteo por el Doctor Arístides Rojas) y uno como grito, de esos que de tarde en tarde suelen escaparse de las almas que saben sentir.

Andrés Mata, nuestro cantor de la *vida alegre*, interpretando el acto que se celebraba, nos entusiasmó con unas redondillas alegres también.

Díaz Lugo, de facil palabra y de ingénita modestia, regalónos unas lindas estrofas de su cercado, que fueron muy aplaudidas.

Carlos Fernández, el inspirado bardo del Tacarigua, improvisó unas valientes quintillas, lamentando lo festinado de aquel pic-nic. De lo contrario, Carlos

habría hecho una oda, sí, una oda como él las sabe hacer.

Enrique Urdaneta, sin ser poeta, como nosotros, también improvisó unos versos, sorprendiéndonos agradablemente, por cuanto que Enrique es de aquellos que no piensan morir en un hospital.

Octavio A. Pardo, á quien su moderación siempre lo tiene *detrás de los palos*, hizo un retrato cabal del anfitrión, en versos fáciles, del género lírico.

Rómulo Terrero echó una cana al aire, pulsando la lira que por mucho tiempo tuviera olvidada, siendo de lo más feliz en su oportuna disertación.

Llegado el turno de nosotros, salimos del aprieto recitando los versitos que nos costaran una trasnochada, y que copiamos aquí tan solo por amor paternal.

Pues Bermúdez nos excita
á beber todos aquí,
bebamos!

ya que en esta *sabanita*
donde no hay un *carmesí*
nos hallamos.

Esta es la primera vez
que en verso nos expresamos,
en verdad,

y pues la fiesta es lo que es,
hasta las heces bebamos,
y ya está.

Acto continuo, el Doctor Andrés Jorge Vigas, el autor de los Perfililes Parlamentarios, por más señas, con esa brocha olímpica que Dios le dió, hizo un sintético resúmen del simpático festival, delineando con la autoridad de su sabiduría á todos cuantos nos hallábamos allí reunidos y *en familia* gozando.

No quiso quedarse atrás el señor Courlaender, políglota de gran fuerza, y se apresuró á clausurar la sesión, pronunciando un discurso alusivo al esplén-

dido almuerzo, terminando por proponer el *último adíos*, que fué aceptado por unanimidad.

Serían las 7 de la noche cuando nos despedimos del General Bermúdez, llevando con nosotros las agradables impresiones del delicioso día que se dignara proporcionarnos.

El Valle : 28—9—91





ANDA

—

A mis compañeros de lucha.

—

No eres Abasuero, no, pero te ha tocado en suerte caminar: ánda, viajero!

Soñaste con la República de Platón y execraste á los tiranos de nuestra infortunada Patria.

En las cárceles creciste, el martirio fue la noche de tus primeros días . . .

Sí, has sufrido mucho, pero ánda, que el ideal que persigues no tiene paridad con la sombra de tu cuerpo.

La víctima de Santa Elena lo dijo: el que no aspira á vencer está vencido.

Anda, sí, que Alejandro caminó mucho también...

Y el hijo de Filipo, después que pasó Las Termópilas, le dijo á los que le acompañaban: "Demóstenes me llamó niño cuando yo estaba en Iliria y en el país de los Tribalios; joven, cuando fuí á Tesalia: ahora quiero probarle al pie de los muros de Atenas que he llegado á ser hombre".

Y aquel heróico guerrero murió después de haber rendido una de las más gloriosa jornadas.

Cristo sin la Calle de la Amargura habría sido, no el redentor de la humanidad, sino el salvador de su pueblo.

El camino de abrojos que sangró las plantas del Mesías lo hizo inmortal.

Colón, con más valor que todos los hombres de su época, no abjura de sus creencias científicas, y luego de un caminar continuo por tierras que le creyeron loco, al fin cruza mares desconocidos, llega y vence.

Y el atrevido marino no llegó fatigado al Nuevo Mundo, que es el pedestal de su gloria.

Bolívar acaricia la idea de independizar la América Española y no cesó de caminar hasta no cruzar Los Andes y tocar con su cabeza el firmamento.

Si viviera el egregio varon, de nada tendría que arrepentirse: su obra es perfecta como la de todos los genios.

Robespierre fué silbado cuando ensayó la oratoria, y con la fé del carbonero siguió avanzando, no obstante la rechifla de que era pasto.

Los cimientos de la monarquía se desplomaron, cayeron, y es Robespierre, por la elocuencia de su palabra, uno de los padres de la República francesa.

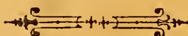
Y tántos, y tántos otros que han caminado, temprano ó tarde han visto de cerca la tierra prometida.

No eres Abasuero, no, pero te ha tocado en suerte caminar: ánda, viajero!

Tus eredenciales de bueno no tienen manchas vergonzosas que ocultar.

"¡ Animo, pues y varonil esfuerzo
ya sea la suerte próspera ó fatal!
Siempre avanzando, trabajando siempre,
sepamos ser activos y esperar."

Caracas: 17—4—93.





FIN



Nada más justo que cerremos estas páginas bendiciendo la memoria del que fue nuestro excelente padre.

J. M. Seijas García.



INDICE

NOTA.—Las erratas quedan á cargo del lector.

Obras por publicarse

DEL

MISMO AUTOR



Retazos. — Pinicos Dramáticos. — Los Fantoches. — Menudencias.